

LOS HABITANTES DEL SOL

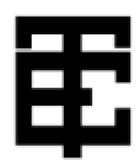
PETER DEAN

Colección ESPACIO

Los habitantes del sol

por

PETER DEAN



EDICIONES TORAY, S. A,
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito Legal: B. 9.422 – 1961

Núm. De Registro: 292 – 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. – Arnaldo de Oms, 51-53 **BARCELONA**

PRÓLOGO

Todos ustedes recordarán, sin duda, el día en que estalló el Sol. Todos ustedes, quien más quien menos, se han hecho sus conjeturas sobre las posibles causas de este extraño, sorprendente y hasta ahora inexplicable fenómeno. Pero ¿alguno de ustedes ha llegado hasta el fondo de la cuestión?

Hagamos un poco de historia. El día 23 de febrero del año 2014 nació como otro día cualquiera. El Sol apareció a su hora acostumbrada. Sus rayos eran normales. Teniendo en cuenta la estación a que estábamos, calentaba igual que siempre. Nada hacia prever que sucedería algo anómalo. Y sin embargo…

A las doce horas y siete minutos (meridiano de Greenwich) de aquel mismo día, de repente, sin que nadie se lo esperara, el Sol estalló. Estalló en una colosal llama que iluminó por unos momentos la Tierra con cegadora luz, y luego repentinamente se apagó. El Sol había sido destruido.

Pero ¿lo había sido realmente?

Durante las horas de completa oscuridad que sucedieron a este fenómeno un pánico colectivo se apoderó de la Tierra. Repentinamente, el Sol, nuestra fuente de luz, de energía, de calor, de vida, había dejado de existir. La Tierra estaba condenada a una oscuridad perpetua. Y con ella, al frío, al gélido frío de las noches polares, que nada seria capaz de mitigar.

¿Sería éste el fin del mundo?

La noche que siguió a este trágico y trascendental día fue desoladora. Las estrellas brillaban como siempre, pero la Luna no flotaba en el cielo al igual que otras veces (1[1]*). La desesperación se adueñaba de las gentes. Y entonces, a las dos horas catorce minutos de la madrugada…*

La Luna volvió repentinamente a brillar en el cielo. Y de la otra parte del mundo, de las naciones donde todavía debía de reinar el día, llegó una noticia que hinchó todos los corazones e hizo escapar suspiros de alivio de todas las gargantas: ¡El Sol volvía a brillar en el firmamento!

Pasados los primeros momentos de euforia, la Tierra volvió a su cauce normal. Las gentes recobraron la calma. El Sol brillaba como siempre; nada irreparable había pasado. ¿Por qué preocuparse entonces? La vida era muy hermosa para romperse la cabeza en cábalas inútiles.

Pero los científicos no pensaban así. Durante unas horas (exactamente trece horas y siete minutos) el Sol había dejado de brillar, se había apagado completamente, había desaparecido como tal. Luego, tan repentinamente como desapareciera, había vuelto a brillar, a existir. ¿Cuál era el motivo de este fenómeno?

Se hicieron numerosas cábalas, se trazaron numerosas hipótesis, se ensayaron innumerables teorías. Pero el misterio siguió siendo eso: un misterio. Nadie, dentro del ilimitado campo de la ciencia humana, se vio capaz de explicar aquel enigma cósmico.

Sin embargo, hubo un hecho que nadie tuvo en cuenta al investigar los hechos. Unas semanas antes partió de la Tierra, en dirección a Mercurio, una nave experimental en la que viajaban tres hombres. Claro que tres hombres ¿qué podían hacerle a un astro como el Sol? Es como si una hormiga intentara apagar de un soplido un incendio en la selva del Amazonas.

Sin embargo...

Me encontraba yo durmiendo hace algunas noches, cuando de repente oí repiquetear en el cristal de mi ventana. Me levanté y vi en ella la silueta de un hombre. Me puse una bata, me acerqué, abrí el ventanal y pregunté al hombre qué deseaba.

Aquel hombre era un hombre extraño. Iba vestido de un modo que no se asemejaba en nada ni siquiera a la más atrevida moda de la Tierra, y no hablaba. Al menos, no me habló nada a mí. Me entregó un cilindro metálico, me hizo una reverencia a modo de saludo, dio media vuelta y desapareció en la noche.

Pasados los primeros momentos de sorpresa me lancé en su seguimiento para interrogarle acerca de sus extraños actos. Pero me llevé una sorpresa. A pesar de que lo busqué durante un buen rato por todo el jardín y los alrededores de mi casa, no lo hallé por parte alguna. Había desaparecido como si fuera un fantasma.

En vista de lo vano de mi búsqueda, decidí entrar en casa y ver qué era aquel cilindro que acababa de recibir en forma tan extraña. Lo abrí, y dentro encontré un manuscrito, formado por numerosas hojas de papel. Junto a él, una carta dirigida a mí.

¡Y mi sorpresa llegó al colmo al ver que el firmante de la carta era Rod Flanagan, uno de los tres hombres que tripulaban la nave que fuera a Mercurio y de la cual nunca se había llegado a saber nada más!

Leí la carta y después leí el manuscrito. He de confesar que lo

encontré todo ello tan inverosímil, tan… tan imposible, que llegué a considerarlo como absurdo. Pero no puede serlo. Es la única explicación lógica que exista al misterio que preocupa hoy en día a todos los científicos del mundo.

Por eso, y cumpliendo al deseo de Rod Flanagan, hoy doy a la luz el manuscrito que recibí en forma tan sorprendente. No he quitado ni he añadido nada en él. Todo es, letra por letra, lo que escribió Rod Flanagan.

Ésta es, por primera vez aparecida a la luz del mundo, la historia de por qué estalló el Sol.

Washington, 14 de junio de 2014.

HUNTER BRONDOWIITCH

Comandante en jefe del Campo Experimental de Cabo Cañaveral y director de la Sociedad Astronáutica Espacial de los Estados Unidos de Norteamérica.



CAPÍTULO PRIMERO

UN TRISTE CONDENADO A MUERTE



NTE todo, creo que mi deber es presentarme. Mi nombre es Rod Flanagan, y en otro tiempo fui capitán de escuadrilla, piloto de pruebas, y más tarde técnico astronáutico de la base experimental de Cabo Cañaveral. Ahora ya no. Ahora, mejor dicho, al comienzo de la

historia que voy a relatar, sólo soy un triste condenado a muerte. Según acertada expresión de Pat, que fue mi compañero de celda en otros tiempos, un cochino y vulgar condenado a muerte.

Es inútil que intente gritar de nuevo proclamando mi inocencia. Ya lo hice cuando me juzgaron, más tarde al alcaide de la prisión pidiendo una revisión de causa, después al secretario de Estado, incluso al propio presidente... y de nada me sirvió. Si ellos no lo creyeron, ¿cómo va a creerlo alguien?

Pero ésta es la verdad. Créanlo o no, soy inocente. No tengo la culpa de que mataran a Betty, un antiguo amor mío perdido en las inmensidades del tiempo y del olvido, en mi apartamento, ni tampoco de que dejaran pruebas acusatorias contra mí por todas partes. Todo ello se debió a un astuto, premeditado y maquiavélico plan para echarme a mí la culpa del asesinato y que me desintegraran en vez del culpable, o culpables, no lo sé. Un plan que estuvo a punto de salirles bien.

Pero volvamos a los hechos. Todo sucedió el día veintisiete de diciembre. Me encontraba en la celda número 12 del pabellón especial de los condenados a muerte. Dos días antes papá Noel me había traído como regalo la noticia de que mi última petición de indulto había sido denegada, y que mi ejecución definitiva sería el próximo día veintiocho, a las ocho de la mañana. O sea, que apenas me quedaba un día de vida. Allí, a pocos pasos míos, me esperaba la «Des».

Quizás, antes de proseguir el relato, deba explicar para quienes no lo conozcan lo que es la «Des». Llamamos así, en la jerga de los condenados a muerte, a la cámara de desintegración. Reconozco que no es un nombre muy serio ni muy acertado, pero nos sirve de entretenimiento. Teniendo como base el prefijo «Des», nos imaginamos diversos nombres que cuadren con nuestro estado de desesperación. La desvitalización, la desmoleculación, la descelulación, la des... bueno, prefiero callármelo. Es un recurso un poco tonto, un poco infantil, pero sirve muy bien en las horas de espera que preceden a la ejecución. Así se toma desde un lado un poco más irónico, y no se piensa tanto en que dentro de poco estarás volatilizado. Porque esto es la cámara de desintegración. Meten a uno dentro, ponen la cámara en acción, y cuando abren de nuevo no encuentran allí nada. El tipo se ha volatilizado por completo ; ha ído

directamente, en cuerpo y alma, al infierno. O al cielo, que todo es posible. Y así como antiguamente se usaban las expresiones de «tostarse en la silla», «asfixiarse en el gas», «sacar la lengua en la horca» y otras similares, ahora se emplea una semejante a éstas: volar en la «Des». Lo cual no es más que la pura verdad.

Bueno, después de esta pequeña disgresión es mejor volver a reanudar el hilo de los acontecimientos. Como decía, el día 28 de diciembre era el último día que me tocaba a mí estar en este mundo. Una buena broma de inocentes. Como comprenderán, no estaba muy alegre que digamos. A mí lado, en la celda número 11, tenía a Pat (que en paz descanse), a quien le tocaba volar en la «Des» una hora más tarde que yo, o sea, a las nueve. Y a la izquierda un tipo cuyo nombre no conozco, que me precedía también en una hora. El crimen de Pat había sido matar a una vieja que le amargaba la vida y no acababa de morirse nunca dejándole su herencia. El crimen del otro prefiero no mencionarlo. Es demasiado... repugnante.

Bien, así estaban las cosas. Sentado en mi camastro, con los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en los puños, aguardaba. Amigo Rod, me decía, el mundo es un asco. Te has pasado la mayor parte de la vida probando aviones y cohetes experimentales, jugándote el pellejo por la madre patria a cada momento, y ahora, cuando te encuentras en una situación difícil, acusado de un crimen que no has cometido, si te he visto no me acuerdo. Lo único que hacen es ajusticiarte el día de inocentes, para que puedas reír un poco el chiste. ¿Es ésta la gratitud humana?

—Oye, Rod, ¿tienes un cigarrillo?

Miré a través de la reja de la puerta y vi al vigilante.

—Es para Pat —explicó —. Se le han terminado los suyos y no quiere aceptar de los míos. Se ve que no le gustan.

—¡Quien no me gusta eres tú, sapo de agua dulce! —chilló la voz de Pat desde la otra celda.

Le tendí el paquete al policía y éste cogió un cigarrillo, llevándoselo a Pat. Yo cogí otro y lo encendí. No podía quejarme ; en la prisión se trataba bien a los condenados a muerte. Los vigilantes tenían toda clase de deferencias para con ellos. Se les alimentaba, se les daba tabaco, bebidas... «Nos quieren llevar bien cebados a la "Des”», había dicho Pat. Y creo que no le faltaba razón.

Las horas fueron pasando lentamente. Las cuatro, las cinco, las

seis... Fué un cigarrillo tras Otro, hasta llegar a estar en la misma situación que Pat. Entonces le pedí al vigilante. Yo no soy tan susceptible.

Me fumé aquel cigarrillo lentamente, saboreándolo milímetro a milímetro. Me había hecho el propósito de que seria el último de mi vida. Por una vez iba a cumplir mi propósito tantas veces imaginado de dejar de fumar. ¡Pero bajo qué circunstancias!

Sin embargo, no iba a cumplir mi firme propósito por una vez más. A pesar de la seguridad que tenía de lo contrario.

Arrojaba ya la colilla al suelo y la pisoteaba cuando el vigilante asomó la nariz por la reja de la puerta de mi celda y me comunicó:

—Arriba, Flanagan. Tienes una visita. Te aguarda en el «salón de conferencias».

Levanté mi vista. ¿Una visita? ¿A estas alturas?

Ignoraba quién pudiera ser. Mi novia me había abandonado al enterarse de mi «horrendo crimen» ; mi familia no existía; mi abogado... mi abogado había cobrado ya sus honorarios y se había desentendido completamente de mi persona. ¿Quién podía ser?

—Dile que no estoy —respondí, flemático —. He salido un momento.

—No te hagas el gracioso —dijo el hombre —. No es alguien que viene a desearte felices fiestas. Es un tipo del ejército, un «no sé qué». Muy alta graduación.

Di un salto sobre el camastro y me lancé contra la puerta. No sabía qué graduación militar podía tener el de «no sé qué», pero aquello de «muy alta» había repicado largamente en mi cerebro.

—¡Haberlo dicho antes!—grité, pensando en el indulto—. ¡Vamos, hombre! ¿Qué esperas para abrir esta condenada puertá?

Salí de allí en estampía y, custodiado por cuatro policías, me dirigí hacia la salida. Todavía tuve tiempo de oír a mis espaldas la voz de Pat:

—¡Anda, Rod! ¡Menudo enchufe te has encontrado! ¡Oye acuérdate de los pobres que todavía quedamos aquí dentro!

No dije nada. Entonces no sabía de qué se trataba, pero más tarde sí lo sabría. Y efectivamente, en el salón de conferencias me esperaba un buen enchufe.

¡Pero menudo enchufe era aquél!

* * *

El «salón de conferencias» era un término más de la jerga particular de la prisión. Llamábamos así a una habitación cuadrangular, separada en dos partes por una doble reja metálica, donde los presos del pabellón de condenados a muerte recibían sus visitas, hasta los tres días antes de la fecha de la ejecución. Una vez llegado a este día, los presos dejaban de recibir visitas; las autoridades lo prohibían. Por eso me extrañaba sobremanera a mí que me avisaran de una visita «ahora», apenas un día antes de mi ejecución. Algo muy importante tenían que comunicarme para que se infringieran así los reglamentos.

Llegamos al «salón de conferencias» y penetramos en la parte destinada a los reclusos. Esperaba ver a mi visita en el otro lado, tras la doble reja, en la parte destinada a las personas libres. Y aquí me llevé la segunda gran sorpresa del día.

¡Porque el tipo en cuestión se encontraba sentado tranquilamente en una silla, en la misma parte que correspondía al departamento de condenados!

Era un hombre ya maduro, bajito, que llevaba una cartera de plastocuero en la mano. Apenas entré, se me quedó mirando fijamente a través de sus gafas suspensoriales. Los policías que me acompañaron hasta allí, cosa incomprensible e inexplicable, se retiraron discretamente, y nos quedamos solos el hombrecillo y yo.

Avancé hacia él lentamente, mientras pensaba que el tipo debía de ser en verdad persona muy influyente para conseguir una entrevista con un condenado a muerte el día antes de su ejecución «y a solas».

—¿El señor Rod Flanagan?

Miré a mi alrededor, como buscando a alguien más, y luego asentí con la cabeza.

El hombre se levantó. Se me quedó mirando atentamente, como el comprador que examina el ganado antes de cerrar la operación comercial, y soltó por lo bajo una exclamación de satisfacción. Me indicó una silla.

—Siéntese, por favor.

Hice lo que el hombre me indicaba, mientras cavilaba para mis adentros en el posible motivo de su visita. En las bocamangas y el cuello de su gabán podían verse claramente los distintivos de su grado: comandante. Y comandante en jefe de algún sitio. De algún

sitio muy importante, a juzgar por sus influencias.

—Bien, señor Flanagan —dijo, sin soltar ni un momento su cartera —. He repasado su historial, primero como capitán de escuadrilla, después como piloto de pruebas, y más tarde como técnico astronáutico en Cabo Cañaveral. He de decirle que su hoja de servicios es inmejorable. Inmejorable, hasta...

—No siga —le interrumpí —. Puede decir lo que quiera, pero yo soy inocente del crimen que me imputan. Lo soy, aunque todo parezca indicar lo contrario.

El tipo se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia —dijo con la mayor tranquilidad —. Puede decir lo que quiera; me da lo mismo que sea culpable o no. Al fin y al cabo, aunque sea inocente, mañana le desintegrarán igual...

Aquellas palabras hicieron que se me cayera el alma a los pies. El tipo no había venido a traerme la libertad. Desde aquel mismo momento empezó a serme sumamente antipático.

—¿Qué desea de mí? —pregunté, con más brusquedad que la usual.

El tipo se ajustó las gafas, agarró su cartera con más fuerza y carraspeó levemente.

—Vengo a proponerle un negocio, señor Flanagan —dijo sencillamente —. Un negocio que quizá le pueda salvar la vida y convertirle en héroe nacional.

En la situación en que estaba, el convertirme en héroe nacional no me hacía la menor ilusión, pero lo de salvar la vida era otra cosa. Sonaba muy bien a mis oídos.

—Venga ese negocio —apremié.

—Verá. Usted ha sido piloto de pruebas en el ejército durante varios años. Ha pilotado aviones a reacción, cohetes estratosféricos, incluso ha formado parte como copiloto en la tripulación del segundo cohete que fue a la Luna, ¿verdad? —No me dejó responder —. Como usted sabrá si lee los periódicos, hemos enviado ya cohetes de exploración tripulados a Marte y a Venus. Ahora queremos alcanzar Mercurio.

—Y naturalmente necesitan un tripulante, ¿no? —empecé a ver claro —. Y vienen a mí para ofrecerme el puesto.

—Exacto.

—¿Y por qué a mí? ¿Por qué no a cualquier otra persona que no

esté condenada a muerte y a punto de ser desintegrada?

El hombre se encogió de hombros en un gesto vago.

—Por una razón muy sencilla. En este primer viaje hay una sola probabilidad entre ciento de poder regresar con vida.

Pueden ustedes suponerse la gracia que me hizo la noticia. La risita que lancé no podía haber sido más estereotipada. El hombre, al ver que yo no decía nada, continuó :

—Por eso hemos pensado en usted, Flanagan. No podemos enviar a un hombre normal, libre, a casi una muerte cierta. Sería un crimen. Usted, en cambio, está condenado a muerte. Mañana lo ajusticiarán. Como comprenderá, si usted acepta esta misión y muere en ella , la Tierra no perderá nada ; también moriría usted si no aceptara. Nadie podrá acusamos de crueldad al enviar a un hombre libre a la muerte si el proyecto no tiene éxito.

A pesar de las circunstancias, mi risita seguía siendo estereotipada. Pregunté:

En resumidas cuentas, ¿qué es lo que me ofrecen?

—Sencillamente, el cargo de capitán y piloto del «Meteor 24», con destino a Mercurio en viaje de exploración. Su experiencia anterior como piloto de pruebas y técnico astronàutico le hacen apto para esta misión.

Y a cambio de todo esto nosotros le ofrecemos el indulto y la rehabilitación de su persona.

—Si es que vuelvo, ¿no?

—Naturalmente. Ya le he dicho que las probabilidades de morir son del noventa y nueve por ciento. Sin embargo, si perece en la empresa, su muerte será muy diferente de la que le aguarda aquí. Allí morirá como un héroe.

Volví a repetirme que lo de transformación en héroe nacional me daba a mí cien patadas.

—¿Qué responde?

Me lo quedé mirando con mi mirada más irónica. Si me quedaba allí tenía una cienmillonésima parte de probabilidades contra un millón de no ser volado en la «Des». En cambio, si aceptaba, esta posibilidad se transformaba en una entre ciento. La elección no era muy dudosa.

—Póngase usted en mi lugar —le dije al tipo —. ¿Qué respondería?

—Acepta, ¿no?

Hice un gesto ambiguo.

—Me ha pintado las cosas tan bien, que me ha llegado al fondo del corazón —mi voz se volvió cínica —. Estoy dispuesto a ir cuanto antes a morir por la patria.

El hombre no dijo nada. Pero su mirada fue de por sí más elocuente que todas las palabras que hubiera podido pronunciar.

CAPÍTULO II

«METEOR 24»



A famosa cartera que llevaba el hombre durante toda la entrevista resultó al final contener los papeles que me pondrían inmediatamente en libertad, por orden expresa del Gobierno. El tipo sabía ya de antemano mi contestación, y lo había preparado todo para no tener que perder tiempo.

Y así, diez minutos después del final demuestra entrevista, yo, Rod Flanagan, condenado a muerte, cuya sentencia estaba fijada para el día siguiente a las ocho de la mañana, salía a la calle, donde un coche oficial aguardaba pacientemente.

Subí al asiento trasero y me tuve que colocar entre dos mastodontes con cara de gorila que me apretujaron entre ellos como en un «sandwich», convirtiéndome casi en oblea. Eran mis dos guardianes; mejor dicho, mis guardafugas. El tipo de las gafas y la cartera no quería que se le escapara su recién adquirida pieza.

El coche partió velozmente hacia el nordeste de la ciudad y no tardamos en vemos fuera de ella. Rodó por la gran autopista a una velocidad de casi doscientos kilómetros por hora, y mucho antes de lo que yo imaginaba nos hallamos ante el recinto cerrado de Cabo Cañaveral.

Para los que no estén muy fuertes en historia contemporánea les diré que el Cabo Cañaveral de hoy no es el mismo, ni mucho menos, que el de ayer. Por virtud del acuerdo de 1980, cuando se alcanzó la

Luna, se decidió fundir en una sola las instalaciones y organismos de cohetes y demás zarandajas del ejército y la marina, refundiendo White Sands y otras por el estilo en una sola, única e indesmallable base: Cabo Cañaveral. Allí se codeaban los marinos con los aviadores, y el personal militar con el técnico y civil. El jefe supremo de Cabo Cañaveral, nombrado recientemente al terminar el período de jefatura de su anterior, era el señor Hunter Brondowiitch, el cual, a pesar de su apellido, no era ruso, sino checo, inmigrado a los Estados Unidos con su familia cuando aún no tenía ni siquiera uso de razón, y enamorado desde toda su vida de este país libre... y de los sueldos que ofrecía esta nación. Era, además de esto, presidente de la Sociedad Astronáutica Espacial de los Estados Unidos, lo cual era lo mismo que decir que la astronáutica no tenía secretos para él. Yo no lo conocía, no lo había visto nunca, ya que su nombramiento se efectuó cuando me encontraba ya en la cárcel, y por eso me llevé una sorpresa cuando me enteré de que no era ni más ni menos que el mismo hombrecillo de las gafas y la cartera que fue a hablarme en la prisión. ¡Diablos de hombre! ¡Con razón había obtenido todo lo que había obtenido!

Pero volvamos a lo nuestro. Como iba diciendo, Cabo Cañaveral, agenciándose nuevos terrenos de los alrededores e instalando enormes plataformas flotantes de lanzamiento de cohetes y proyectiles, se había convertido en la única base experimental de coheteingeniería de los Estados Unidos, y la mejor del mundo. Aquélla, por lo tanto, iba a ser nuestra meta.

Y aquella fue. Al entrar en ella, me sorprendió ver que las defensas habían sido reforzadas desde la última vez que estuve allí, haría de ello más de un año. Tuvimos que atravesar por los pontones de seguridad, pasamos por siete controles reglamentarios, la última vez sólo había cinco, y llegamos al fin al interior de la base. Nos metimos por entre callejones, atravesando manzanas enteras de viviendas prefabricadas, donde estaba alojado el personal, y llegamos al final a un conjunto de casas, aisladas de las demás. Eran las destinadas a los pilotos y tripulantes de los cohetes. El hombrecillo de las gafas descendía, y los dos mastodontes-gorilas hicieron lo mismo, por lo que yo tuve que imitarles, descendiendo entre ellos dos para no ser aplastado por sus inmensas moles. El tipo de las gafas abrió con una llave de seguridad, de tipo fotoeléctrico,

la puerta de uña de las casas, y me indicó su interior.

—Ésta será su morada por unos días —me dijo —. Entre y póngase cómodo. Ya le avisaremos cuando necesitemos de usted.

Me metí dentro, y la puerta se cerró a mis espaldas.

Y allí me quedé.

* * *

La casita en sí estaba bien. Tenía comodidad, tenía un mueble-bar muy bien surtido, tenía una espléndida biblioteca… y tenía una puerta cerrada herméticamente desde el exterior, y a cuyos lados montaban guardia constantemente los dos mastodontes. En otras palabras, aquello era más cómodo que una celda, pero realizaba su mismo cometido.

Transcurrió el resto de la tarde y toda la noche sin que nadie viniera a visitarme. A la mañana siguiente, a las ocho, estuve a punto de derribar la puerta a golpes e ir a ver qué diablos sucedía para que me abandonaran así. Pero me tranquilicé pensando que a aquella hora, de no haberse presentado el simpático hombrecillo, simpático en el sentido de que me había, al menos, alargado un poco más la vida, estaría volando tranquilamente en la «Des». De modo que me dije que la vida era muy bella cuando podía disfrutarse, aunque fuera desde el interior de un cuarto de paredes, y me tranquilicé. El día anterior las perspectivas no eran tan halagüeñas.

Cuando llegaron las nueve, dediqué un postrer recuerdo a Pat, que en aquellos momentos estaría volando con los angelitos, y recé un responso en memoria de su alma.

A media mañana hice mi primera escapada a la biblioteca, observando los volúmenes. Era una buena biblioteca, he de reconocerlo, que abarcaba desde «La última teoría de la fisión nuclear ultra atómica» hasta «Hamlet», pasando por «Las aventuras de Rocambole». Como el primer libro me recordaba la «Des», el segundo la fatalidad humana, y el tercero lo que me esperaba, decidí dejarlo y fui a ahogar mis penas en el bar. No las ahogué, pero vacié una botella de no sé qué mejunje. Lo cual ya es algo.

Así fue transcurriendo el tiempo. A mediodía, mis cancerberos, muy simpáticos y muy silenciosos, me llevaron la comida y volvieron a salir. Llegó la tarde, con su secuela de aburrimiento…

Y a las siete, ni un minuto más ni un minuto menos, la puerta se

abrió y un gorila penetró por ella.

Rectifico. No era un gorila, aunque mi primera impresión fuera ésta. Era un hombre.

No era ninguno de mis cancerberos, pues no lo había visto nunca hasta entonces. Venía custodiado por éstos. Se metió dentro de la casa, se dirigió hacia mí, me tendió una mano, y me saludó con voz cascada y maloliente, que me hizo ver estrellitas:

—¡Hola, compadre! De modo que tú también te has salvado por los pelos del matadero, ¿verdad? ¡Menuda bicoca que nos ha caído!

Me dio un par de palmadas en la espalda, que tuvieron la virtud de quitarme el resuello y dejarme la columna vertebral hecha papilla, y se dirigió en estampía al mueble bar, agarrando lo primero que encontró a mano y enchufándolo a su boca hasta vaciarlo.

En aquellos momentos, por mi boca abierta hubiera cabido todo el Empire State Building, con cimientos y todo.

Después de saciar su sed de saber qué era lo que contenía la botella, naturalmente, el tipo se dirigió de nuevo hacia mí. Me protegí, en previsión de nuevas palmadas a la espalda. Pero el tipo se limitó a sonreír y repitió:

—¡Hemos escapado de una buena, ¿eh? ! ¡Te juro que yo ya no lo contaba! ¿En qué cochino penal estabas tú?

Y así, entre muchas palabras poco correctas, muchísimas más que no eran nada correctas, e infinidad que hubieran hecho enrojecer de vergüenza al más veterano echador de tacos y maldiciones soeces del mundo, me enteré de que no iría solo en mi viaje a Mercurio. Seríamos, al menos, dos.

* * *

Roger Underbid, mi futuro compañero de viaje, resultó ser un tipo que hubiera hecho las delicias de cualquier psicólogo. En las pocas horas que permanecimos juntos, aislados y encerrados en aquella misma casa, tuve tiempo de conocerlo bien. Y confieso que su conocimiento me revolvió concienzudamente el estómago.

Underbid era uno de esos tipos retorcidos, psíquicamente incurables, que para desgracia de la humanidad corren y correrán siempre por el mundo. Su oficio principal, el que había ejercido hasta entonces, era el de técnico en radiotelecomunicación, pero su permanente manía de soltar maldiciones cada dos palabras, si no

cada una, y de echar mano a todo lo que fuera alcohol o tuviera trazas de parecerlo le valió el puesto en más de una empresa. Durante un par de meses, tiempo inverosímilmente largo considerándolo a él, prestó sus servicios como técnico auxiliar en Cabo Cañaveral, pero un ligero incidente, *sólo* le llamó cochino, idiota y otras cosas peores e intranscribibles al comandante en jefe de la base, le hizo abandonar a ciento por hora el servicio. Durante un buen espacio de tiempo vagó por el país sin trabajo, y su estómago empezó a olvidar lo que era la comida. Después del antecedente de Cabo Cañaveral, nadie quería admitirle. Así, hasta que llegó un día a una granja…

Ya en otros casos Underbid había demostrado su claro desequilibrio psicopático, con accesos de furia y violencia. Pero lo de aquella vez superó todas sus marcas. El dueño de aquella granja le dijo que le daría de comer a cambio de que le cortara la leña que tenía almacenada en el patio trasero. Underbid, hambriento y cansado, consideró que aquel trabajo era demasiado servil para sus cualidades y categoría. El dueño le dijo que entonces, de lo dicho, nada. Underbid se enfureció y chilló, el otro le contestó, llegaron a la violencia… Resultado: el dueño de la granja, muerto; muerta también su mujer, que había acudido alarmada por los gritos; muerto el hijo de ambos, que «chillaba demasiado», según propia declaración posterior de Underbid. Un juicio sumarísimo, una declaración unánime de culpabilidad por todo el jurado, una condena a muerte… y una tabla de salvación a última hora, cuando ya todo parecía perdido. Un bonito panorama.

Todo el mundo comprenderá fácilmente que, una vez vistos los antecedentes, no me hiciera la menor gracia tener que convivir todo un viaje hacia Mercurio con tamaña persona. Pero yo no era libre de elegir mis compañeros, y tuve que conformarme con lo que había salido. Roger Underbid sabía bastante de radio-telecomunicación espacial, y. aquello menguaba sus defectos. De todos modos, me dije que aquel viaje no resultaría ni con mucho un viaje de placer. Encima de los riesgos naturales, tener que soportar aquellos cien kilos de peso en maldición constante…

El segundo día transcurrió en su totalidad sin que ninguna novedad digna de mención viniera a turbar nuestra tranquilidad, y el continuo libamiento que del néctar del mueble bar hacía

Underbid. Y al tercer día, por la mañana, llegó el tercero del grupo.

Era un muchacho de unos veinte años, delgado, bajito, con apariencias de muy poquita cosa. Sin embargo, era una auténtica autoridad en radar y radar de deflección, dos puntos esenciales para cualquier viaje por el espacio.

Había sido condenado a muerte debido a una explosión de celos: había matado a su novia cuando descubrió que tenía relaciones bastante ilícitas, bastante comprometedoras y bastante avanzadas con otro tipo.

El hombre en cuestión se salvó, gracias a la rapidez con que actuó la policía, pero el muchacho se la tenía jurada, y había hecho la solemne promesa de que, si volvía del viaje a Mercurio lo mataría aunque se escondiera en el mismísimo centro de la Tierra. La promesa, teniendo en cuenta lo que a estos asuntos se refiere, no es ninguna novedad.

Y así, una vez reunidos los que seríamos los tres tripulantes de la nave que con fecha aún desconocida partiría con rumbo a Mercurio, al cuarto día de mi encierro en aquella cómoda y confortable prisión, los dos gorilas aparecieron ante nuestros ojos, ordenándonos que fuéramos con ellos. Y, custodiados por aquellas dos moles de carne, fuimos hasta el despacho del que era jefe del campo experimental y director de la Sociedad Astronáutica Espacial de los Estados Unidos: Hunter Brondowiitch, el hombrecillo que vino a ofrecerme aquella bicoca (??) en el penal.

* * *

Se encontraba sentado tras una enorme mesa de despacho, rodeado de hombres por todas partes menos por una, que fue la que ocupamos nosotros. Todos los allí reunidos tenían cinco o más estrellas, lo cual indicaba que era una reunión de alto nivel. Los hombres nos miraron como bichos raros, nos examinaron a conciencia, y luego soltaron unos cuantos gruñidos, que yo no supe si eran de aprobación o de disconformidad. Por los hechos posteriores, supuse más tarde que fueron de conformidad.

Hunter Brondowiitch nos habló, durante aquella reunión, mucho, largo y tendido. No reproduciré todo lo que nos dijo, pues necesitaría para ello la extensión de tres Enciclopedias Británicas. En resumen, nos amplió lo que me dijera a mí ya en la prisión, nos

presentó mutuamente, nos habló de la misión que íbamos a realizar, de su trascendencia, de que si nos quedaba aún un poco de patriotismo en nuestras venas comprenderíamos el alcance de lo que íbamos a realizar… Bueno, todas esas tonterías que suelen decirse en semejantes circunstancias.

Al final, cuando ya creíamos que su boca reseca de tanto hablar no sería capaz de pronunciar siquiera una sílaba más, volvió a embalarse. Nos dijo que el cohete en que realizaríamos el viaje sería el «Meteor 24», de la serie que yo ya conocía de vuelos anteriores de prueba. La fecha de partida sería el día 14 de enero. Teníamos por lo tanto catorce días para preparamos y adaptamos al viaje. Esperaba que comprenderíamos el alcance de nuestra misión, que cumpliríamos con nuestro deber… y aquí volvió a lanzarse de nuevo por el camino que antes había ya trillado tan concienzudamente.

De modo que yo, haciéndome sordo a sus palabras, me enfrasqué en mis propios pensamientos. Y supongo que lo, mismo les sucedió a los otros dos.

Al día siguiente, los tres, custodiados por los sempiternos gorilas, empezamos inspeccionando la nave.

El «Meteor 24» es un cohete uniseccional, el veinticuatro de la serie, precisamente, de tipo espacial. Con él se han realizado las primeras conquistas del espacio; con él se llegó a la Luna, luego a Marte, a Venus…, y ahora adonde pudiera llegar. Yo confiaba en que sería a Mercurio. Y también lo deseaba.

Quien haya leído un poco sobre los «Meteors», sabrá que éstos cohetes no son de despegue vertical, sino oblicuo, y que siguen la trayectoria inicial de órbita, situación, y despegue libre en el espacio. Como ya he dicho antes, me parece, yo fui uno de los tripulantes de la segunda nave que alcanzó la Luna, en la que viajé como segundo piloto. Por lo tanto, los «Meteors» no tenían secretos para mí.

No obstante, el que íbamos a tripular era un cohete especial. Aunque con idénticas características que los anteriores, su revestimiento exterior estaba formado totalmente de planchas de titanio, preparadas especialmente para resistir las elevadas temperaturas que íbamos a encontrar en Mercurio. Nuestros trajes espaciales, además, estaban adaptados especialmente para este cometido, aislados completamente el interior del exterior en cuanto

a temperatura se refiere, teniendo asimismo en su interior un graduador especial voluntario de temperatura, adaptable al frío y al calor (1[2]).

Así, entre periódicos exámenes a la nave, prácticas de adiestramiento con equipo e instrumentos, verificación de los aparatos y otras zarandajas, fueron pasando los días. En resumen, lo único que teníamos que hacer era llegarnos hasta Mercurio, darle los buenos días, examinar su composición y sus condiciones de vida, radiarlo todo ello a la Tierra, y luego dar media vuelta y volver. Cosa fácil, si no fuera con los riesgos que entrañaba. Y desgraciadamente, yo sabía muy bien cuáles eran estos riesgos.

Pero me estoy despistando. Como decía, los días iban transcurriendo lentamente en nuestro trabajo. A mí me hacía el efecto de que volvía a estar de nuevo libre, ocupado en mis antiguas obligaciones, de no ser por la obligación que teníamos los tres de ir siempre juntos, la constante vigilancia de los gorilas, los cuales, como se comprenderá fácilmente, no eran unas buenas amas de compañía precisamente, y la imposibilidad de salir del recinto de Cabo Cañaveral. Confieso que tenía ganas de poder correrme una juerga con alguna mujer, aunque esta juerga consistiera en jugar a un juego tan inocente como la gallinita ciega. Pero las órdenes eran órdenes, y teníamos que pudrirnos allí dentro hasta que pudiéramos salir e ir a pudrirnos en otra parte, a Mercurio, por ejemplo…

Ironías de la vida.

CAPÍTULO III

EL VIAJE



L fin, tras largos días de espera, llegó el catorce de enero. Aquel mismo día, a las doce cuarenta y siete del mediodía, el «Meteor 24» iniciaría su viaje a Mercurio.

La mañana transcurrió en medio de las últimas pruebas y verificaciones, y casi sin darnos cuenta nos encontramos con que ya estaba cercana la hora cero. Brondowiitch nos entregó un sobre sellado a cada uno, en el que iba el documento en el que se nos oforgaba el perdón, quedando libres y rehabilitados cuando regresáramos de nuestra misión en Mercurio, si es que regresábamos, claro. En el acto oficial de despedida, repitió de nuevo su discurso del primer día, y nos metimos los tres en la nave.

La cabina de pilotaje estaba situada en el cono superior del cohete, casi en la punta. En ella se agrupaban las tres secciones de radar, comunicaciones y pilotaje propiamente dichos. Lo cual equivalía a decir que estaríamos juntos constantemente, sin poder apenas movemos, durante todo el viaje. ¡Y el viaje duraría aproximadamente un mes!

Nos acomodamos cada uno en nuestros respectivos puestos, dando un último y definitivo repaso a los instrumentos. Según lo dicho por Brondowiitch, yo era el capitán de la nave por mi cargo de piloto y técnico espacial, pero me imaginaba que con aquellos dos subordinados que tenía a mis órdenes no me serviría para nada el grado, de modo que desde un principio los traté de igual a igual,

como compañeros. De todos modos no me sirvió de nada aquella forma de obra, cosa que ya era de esperar.

Desde el exterior, la voz del operador fue contando el tiempo. Brondowiitch se intercaló un momento para deseamos suerte por postrera vez. La voz siguió contando los minutos, después los segundos…

Nos sujetamos fuertemente en nuestros sillones acondicionados para la aceleración inicial. El despego era controlado automáticamente desde el exterior, de modo que nosotros no teníamos que hacer nada hasta que la nave se hubiera colocado en órbita. Entonces los mandos pasaban a nuestras manos y podíamos gobernarlos a voluntad. Pero hasta entonces no teníamos nada que hacer salvo resistir lo mejor posible el fantástico impulso de la primera aceleración.

—¡Cero!

Sentimos como si una mano invisible nos empujara hacia abajo, hundiéndonos en los sillones, tirando de nosotros. Por unos largos e incontables minutos sentimos todos nuestros músculos agarrotados, tensos. No podíamos movernos, y apenas respirar. El reloj que teníamos ante nosotros fue marcando el tiempo que transcurría. Un minuto, dos, diez, quince…

Al fin, cesó toda sensación. Nos encontramos de repente sin gravedad, incorpóreos, flotantes. Habíamos llegado a nuestra órbita, escapando de la fuerza de la gravedad. Flotábamos libres en el espacio.

* * *

Los primeros días de espacionavegación transcurrieron sin que nada digno de mención sucediera. Una vez puestos en órbita, desde Tierra nos dieron libertad de mandos, y yo pude encargarme de hacer los cálculos necesarios para salir de esta órbita y poner proa a Mercurio. Salimos en navegación libre, y poco después nos encontrábamos viajando a la aproximada velocidad de veinte mil kilómetros por segundo, gracias al impulso de los cohetes principales.

Durante aquellos primeros días de contacto mutuo e ininterrumpido tuve ocasión de llegar a conocer a fondo a mis dos compañeros de viaje. Tom Higgins, que así se llamaba el tercero del

grupo, era un muchacho reservado, de aire triste y meditabundo, que apenas hablaba, fuera de lo estrictamente necesario. Underbid, en cambio, siguió con su carácter habitual. Tan pronto tenía explosiones de ira como momentos de depresión nerviosa, excitación, alegría, cinismo... Empecé a prevenirme contra él... y a temerle. Si se desbocaba demasiado, no habría nadie capaz de contenerle. Y recordaba que era un tipo claramente anormal.

En general, tanto Higgins como yo nos habíamos tomado nuestro nuevo estado con filosofía. Después de haber estado a punto de volar en la «Des», aquello era una bicoca. En cambio, Underbid, no reaccionaba así. Después de la primera alegría que tuvo, cuando lo vi la primera vez, en la Tierra, había tenido tiempo de recapacitar, y se había dado cuenta de que las posibilidades de salir con vida de nuestra aventura eran muy pocas. Y no se resignaba a morir, ahora que había vislumbrado un apunte de salvación.

Nuestras tareas a bordo del «Meteor 24» eran muy pocas. Yo hacía al día tres revisiones de rumbo, Underbid retransmitía dos partes diarios a la Tierra, y Higgins estaba al cuidado del radar, teniendo solamente que acudir a su lado cuando su sistema automático de alarma avisaba de la proximidad de algún objeto, el cual casi siempre pasaba inofensivamente por nuestro lado, sin que tuviéramos necesidad de usar el sistema deflector de defensa. El resto del tiempo libre que nos quedaba no teníamos nada que hacer, de modo que... nos aburríamos.

Debido a tener que ahorrar peso muerto para poder almacenar el máximo combustible, en la nave no había nada superfluo. Ningún libro, ninguna revista... Nada, salvo los alimentos concentrados y el agua vital. No había ningún asomo de alcohol salvo el poco del botiquín, y éste no era muy agradable de beber. De modo que Underbid, acostumbrado a libar a todas horas, sufría lo indecible.

Pero a pesar de todos estos inconvenientes, pequeñas cosas que ocasionaban algunos pequeños roces, nada especial sucedió. Nada, hasta...

Fue el octavo día después de nuestra partida. Habíamos terminado de cenar, o sea, de hacer nuestra tercera y última comida de las octavas veinticuatro horas de viaje, equivalentes al octavo día. Habíamos engullido ya nuestras tres pastillas de concentrado de proteínas, nuestras tres pastillas de concentrado de vitaminas,

nuestras tres pastillas de concentrado de grasas, y habíamos sorbido nuestra ración de agua a través del tubo, cuando Underbid planteó la cuestión:

—Oye, Rod, he estado pensando, y me he hecho una pregunta. Quisiera que me la contestaras tú, que eres quien más puede hacerlo. ¿Cuántas probabilidades tenemos de volver con este cochino aparato a la cochina Tierra? ¿Y a razón de qué cuentan?

Me rasqué pensativo la cabeza. Underbid, tal como yo lo conocía, no pensaba casi nunca, pero cuando lo hacía era a conciencia. Y ahora lo había hecho.

—Hombre, pues... Te diré. Hay diversos factores que intervienen en eso. Sin embargo, la proporción es la que dijo Brondowiitch. Una sobre ciento.

—¿Y a qué cochina razón obedecen?

—Ya te he dicho que hay varias razones. Una de ellas, la principal, es la del combustible. El viaje es muy largo, y la capacidad de la nave es limitada. Tenemos el justo para poder llegar a Mercurio, aterrizar, volver a despegar, y regresar de nuevo a la Tierra (1[3]). Teóricamente, podemos regresar. Pero pueden intervenir diversas causas que nos obliguen a gastar más combustible del calculado, y entonces...

—¿Qué causas?

—Cualesquiera. Un meteorito de gran tamaño que nos obligue a desviamos de nuestra ruta, un mal aterrizaje que nos obligue a gastar más combustible...

—¿Y si no sucede nada de eso?

—Entonces tendremos combustible suficiente para volver a la Tierra, y quizás incluso podremos aterrizar en ella. Si no, es muy posible que envíen un cohete de socorro en nuestra ayuda si quedamos detenidos cerca de ella. En este caso, podremos regresar sanos y salvos.

—¿Y no hay nada más que nos impida hacer esto?

—Sí, claro, muchas razones. La primera y principal, el propio planeta que vamos a explorar.

Underbid soltó un taco.

—¿Qué le pasa a Mercurio?

—Pasar, pasar... no le pasa nada. Simplemente, lo desconocemos. Podemos encontrar en él un paraíso terrenal, o bien una sucursal del

infierno. Lo más probable es que encontremos lo segundo. Y comprenderás que un infierno no es un lugar donde podamos esperar encontrar muchas facilidades.

Underbid gruñó y no dijo más. Sin duda necesitaba un poco de tiempo para rumiar lo que acababa de oír y poder sacar conclusiones. De modo que di la conversación por terminada, y me fui a realizar mi segundo tumo de descanso.

Pero no pude dormir. Aunque hacía poco que conocía a Underbid, me había hecho una clara idea de su carácter especial. Y veía que el tipo iba a causamos dificultades. De qué clase serían éstas no lo sabía, pero lo indudable era que iba a causárnoslas. Y maldita la gracia que ello me hacía.

Y efectivamente, a la mañana siguiente empezó a causárnoslas.

Fue durante nuestro desayuno. En él comimos, no lo podré olvidar nunca, ensalada (concentrados de vitaminas), caldo (concentrado de grasas) y carne (concentrado de proteínas). Ya terminaba yo mi última pastilla de carne, cuando Underbid atacó:

—Oye, Rod. He estado pensando sobre lo que dijiste anoche. Tienes razón, hay muy pocas posibilidades de que salgamos con vida de ésta.

Gruñí unas palabras de asentimiento. El tipo había necesitado toda una «noche» para pensárselo y llegar a aquella conclusión. Pero al fin habla llegado a ella. Y aquello no le había hecho la menor gracia.

—Oye, Rod —continuó —. He estado pensando en ello, y he de decirte que me revuelve las tripas el pensar que tenemos que hacer todo eso que nos han dicho. ¿Qué sacaremos yendo a Mercurio?

—El perdón —respondí lacónicamente —. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Underbid soltó una exclamación no apta para menores.

—¡Diablos, sí que me acuerdo! Pero ¿de qué nos va a servir un cochino perdón, si vamos a pudrimos cochinamente en un cochino planeta, del que probablemente no volveremos en ningún cochino día?

Dejó aparte su afición verbal por los cochinos, y me encogí de hombros. Sus conclusiones eran bastante razonables.

—Muy bien — dije —. Estoy de acuerdo contigo. Entonces, ¿por qué aceptaste? Nadie te obligó a ello. Si no querías morir en un

cochino planeta como Mercurio, pudiste haber escogido por morir en un no menos cochino penal.

Underbid soltó otra cochinada.

—Oye, no te hagas el gracioso. Sabes lo que quiero decir. Tenemos una nave, que tú puedes manejar a tu antojo. Entonces ¿para qué ir a Mercurio, dime? Podemos variar el rumbo y regresar a la Tierra ahora mismo.

Suspiré. De modo que era por allí por donde se encaminaba.

—Muy bien, Roger —contesté pacientemente —. Estoy de acuerdo contigo también en eso. Volvemos a la Tierra sin haber pasado antes por Mercurio. No hemos cumplido lo estipulado, de modo que el documento de perdón que tenemos en nuestros bolsillos no sirve para nada. Nuestros amables anfitriones nos cogen, nos dicen que somos unos eso y unos aquello, y nos meten de rondón en la «Des». Muy bonito, ¿verdad?

—¡Oh, oh, oh! —Underbid agitó las manos —. No te hagas el inocente, muchacho. ¿Te crees que me ha pasado por la cabeza que regresemos al mismo sitio de donde hemos salido? La Tierra es muy grande.

—No para nosotros, amigo Roger. Ahora no es como hace un siglo. Ahora la policía sólo necesita silbar para hallar a una persona, aunque ésta se esconda en lo más impenetrable de la selva del Amazonas, si es que i allí queda aún algo que sea impenetrable. Ya lo he pensado bien yo todo esto.

—¿Sí?

—Sí. Oye, Roger. Antes de que a ti se te ocurriera siquiera empezar a pensar en eso, ya lo había pensado y repensado durante horas enteras. Y créeme, es imposible de realizar. Ahora tenemos una probabilidad entre ciento de salvarnos. Entonces no tendremos ninguna.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que nos buscarán como desesperados y nos hallarán en seguida. Desengáñate, Roger. No hay nada que podamos hacer, salvo ir a Mercurio o volver a la «Des». Y con sinceridad, yo prefiero inclinarme por lo primero.

Underbid movió la cabeza. Se veía que no le seducía precisamente la idea.

—Lo que pasa —dijo —, es que a ti te seduce la idea de ir a

Mercurio. Confiésalo.

—Naturalmente — asentí —. Igual que a ti.

Y juro que en aquellos momentos decía la verdad.

Underbid calló. Durante unos minutos no se oyó a nadie en la reducida cabina. Higgins, que había escuchado silencioso la conversación, sin meterse en nada, masticaba lenta y silenciosamente su último comprimido de carne.

De pronto, Underbid dio un violento puñetazo contra la mesa plástica.

—¡Pues yo no estoy dispuesto a asarme en Mercurio ! —exclamó —. ¡Diablos, no!

—De acuerdo —asentí. Me esperaba aquello, y su explosión no me sobresaltó —. Entonces ponte tu traje, abre la escotilla estanca, y lárgate al exterior cuando pasemos por la órbita de Venus. A lo mejor tienes suerte y encuentras a una linda venusina que te acoja y te dé asilo en su choza.

Underbid se levantó, profiriendo barbaridades. Se detuvo delante del sillón de piloto, vacío en aquellos momentos, ya que yo todavía me encontraba en la mesa. Se quedó mirando fijamente los instrumentos, como abstraído.

—De modo que no quieres colaborar conmigo, ¿eh? —murmuró —. Prefieres ir y asarte en Mercurio, en vez de dar media vuelta y regresar, salvando el pellejo. Muy bien, yo no tengo ningún inconveniente en ello. Hazlo. ¡Pero yo no estoy dispuesto a seguir tus caprichos!

Underbid desconocía el manejo preciso de los instrumentos de control. Pero sabía, por habérmelo visto a mí, la utilidad de algunos, entre ellos la palanca que mantenía el curso de la nave. Y antes de que yo pudiera percatarme de su intención, ya estaba él tirando incontroladamente de ella hacia la izquierda...

Me levanté de un salto y me arrojé contra él. Era un tipo que podía aplastarme con sólo media bofetada, pero en aquellos momentos no me fijé en detalles. Lo agarré por atrás, y tiré de él con todas mis fuerzas.

—¡Loco ! —chillé.

Underbid me miró. Y yo, sin poder contenerme, le lancé con todas mis fuerzas un directo a la mandíbula que, si bien no le dejó sin sentido, lo tendió en medio de la cabina debido al impulso del

golpe.

Rápidamente reparé el daño, neutralizando el efecto de su acción. En la cabina no se había registrado ningún desplazamiento, ninguna variación, pero la nave había variado al azar su rumbo en un ángulo de setenta y cinco grados hacia su izquierda. Lo rectifiqué, dejando para luego las últimas correcciones de precisión mediante las coordenadas espaciales, y luego me encaré con él.

Underbid estaba levantándose. Se frotaba la mandíbula, como si le hubieran dado una coz en ella. En verdad, confieso que había pegado con todas mis fuerzas.

Me miró fijamente.

—No debías haberme golpeado, Rod. No debías haberlo hecho.

—Lo siento, Roger —respondí, intentando dar a mis palabras un tono amistoso y compungido —, pero era necesario. ¿Sabes lo que has hecho? Has malgastado una parte del combustible que tenemos, que nos es necesario para regresar a la Tierra. Has puesto en peligro tu vida y la nuestra tontamente.

—No debías haberme pegado, Rod —repitió, por toda respuesta —. Nadie me pega impunemente.

Me encogí de hombros.

—Dejemos eso ahora. Olvidémoslo. Recuerda que tenemos por delante una misión que cumplir.

—¡No tenemos nada que cumplir! —gritó Underbid ásperamente, sorprendiéndome —¡No tengo la menor intención de ir a Mercurio! ¡ ¡Y no pienso ir! !

Empecé a intranquilizarme. Recordé lo que sabía de él, y tuve que hacer un esfuerzo para tragarme el obstáculo que se me había colocado en el cuello, impidiéndome hablar. Underbid tenía agudas crisis de violencia; se excitaba fácilmente. Y cuando se excitaba se volvía como loco.

Y ahora se estaba excitando.

Miré a Higgins. Se había levantado, a la expectativa, pero no intervenía. Permanecía al margen de la cuestión.

—Por favor, Roger, tranquilízate — rogué. Mi tono era suave, sosegador—. Estás excitado...

—¡No estoy excitado? ¡Y no consiento que nadie me ponga la mano encima!

Empecé a lamentar el haberle golpeado. Recordaba claramente,

él mismo me lo había explicado con todo lujo de detalles, el episodio de la granja, el que le había valido la condena a muerte. Underbid, efectivamente, no consentía que le pusieran la mano encima. Y cuando lo hacían se volvía loco, sentía ansias homicidas hacia el que le había hecho aquel ultraje en su persona. Instintivamente, busqué con la vista a mi alrededor algo que pudiera servirme, aunque sólo fuera remotamente, como un arma para defenderme. Pero no había nada.

Imaginé lo que sucedería si la cosa seguía adelante. Underbid se lanzaría contra mí, dispuesto a estrujarme materialmente entre sus manos. Y yo no podía ni siquiera soñar en competir contra semejante adversario. Si él tenía la intención de estrujarme, yo sería estrujado a pesar de todo lo que hiciera para evitarlo. Y confieso que yo no he tenido nunca vocación de limón.

Underbid se acercó a mí. Tenía los ojos inyectados en sangre, y eso era ya de por sí solo mala señal. Malísima señal. Higgins, desde su sitio, se decidió a hacer un tímido intento de ayuda.

—Por favor, Roger...

—¡Cállate! —rugió Underbid, cortándole toda posible continuación —. ¡Tú no te metas en esto! ¡El asunto va entre ese... (prefiero silenciar lo que dijo) y yo! ¡El mal nacido va a acordarse de quién es el hijo de mi madre!

Tragué saliva. Los insultos no me hacían mucha mella; sabía que Underbid estaba fuera de su razón. Lo que sí me hacía mella era lo que vendría después de los insultos.

Y no tardó en venir. Como un alud, Underbid se arrojó contra mí. Lo esquivé lo mejor que pude, y logré evitar sus primeros golpes. Hice un último intento:

—Por favor, Roger; nos estamos portando como chiquillos. Sosiégate.

Nuevo error por mi parte. Underbid lanzó un bufido mucho más potente que todos los anteriores, y se arrojó contra mí como un toro furibundo. Yo no he tenido nunca el arte y estilo de Manolete, de modo que me cogió de lleno. Sentí algo así como una coz de mula en el estómago, y solté todo el aire. Underbid lanzó un grito de júbilo, y siguió golpeando. Retrocedí, encogiéndome sobre mí mismo...

Comprendí que la cosa iba en serio. No había forma de detener a

Underbid; de modo que, si me quedaba pasivamente, podía contarme en el censo de los difuntos. Decidí que, una vez perdido, no debía estarme quieto. Respondí a los golpes de Underbid lo mejor que pude. Y no lo hice del todo mal.

La lucha que siguió fue una lucha bestial, primitiva. Al menos, yo me porté en ella como una bestia. Sabía que tenía las de perder, que no podría vencer a Underbid. Sabía también que todo intento de terminar la lucha sería inútil; Underbid había perdido la razón, y no atendía a nada. Por lo tanto, golpeé lo más fuerte que pude, sin atender a reglas de lucha, ni a golpes bajos, ni a nada. Por otra parte, Underbid tampoco se preocupaba por esto. De modo que estábamos igual.

No recuerdo cuánto duró aquella pelea. Tal vez segundos, tal vez siglos. Lo único que recuerdo es que me dolía todo el cuerpo, y que tenía el ojo izquierdo cerrado a consecuencia de un puñetazo. Golpeaba ciegamente, sin fijarme en dónde ponía los golpes. Por eso quizá fue por lo que logré derribar a Underbid de un puñetazo.

Lo repito, no sé cómo sucedió. Sólo recuerdo que de pronto mi antagonista soltó un gruñido, no de placer precisamente, retrocedió unos pasos, como inmensamente aturdido, sus manos buscaron algo en que apoyarse para no caer, y encontraron el respaldo de una de las sillas. Durante unos segundos que a mí me parecieron siglos se quedó allí, apoyado en la silla, como recuperando fuerzas. Su mirada era turbia, como si estuviera ebrio. En realidad, creo que estaba semiinconsciente. Y ebrio también. Ebrio de violencia, de ansias de muerte. Ansias que estaban centradas, naturalmente, en mí.

El ambiente de la cabina quedó inmovilizado totalmente por unos momentos. Desde el mismo sitio de antes, Higgins, contemplaba la escena indeciso, sin acertar lo que debía hacer. Aunque hubiera decidido ayudarme, su ayuda me hubiera sido muy poco eficaz, estoy seguro. Underbid, por su parte, seguía allí, apoyado en la silla, con los ojos turbios, mirándome. Un rugido sordo salió de su garganta.

¡Y luego, en un brusco ademán, arrancó violentamente la silla de la ventosa al vacío que la fijaba en el suelo!

No era necesario ser un lince para comprender sus intenciones de descalabrarme bonitamente de un silletazo en la cabeza. El ínfimo

ápice de razón que pudiera quedarle en su cerebro había desaparecido después de aquel golpe. Ahora era el mismo Roger Underbid que en aquella granja de la Tierra matara, en un acceso de furia, a tres personas. Y yo equivalía, en esta ocasión, a las tres personas juntas.

Se lanzó contra mí. No sé cómo pude esquivar su primer y furioso golpe, pero la verdad es que lo esquivé. Intenté contenerle, sujetarle, pero lo único que logré fue recibir un par de golpes más. Estuve a punto de ser descalabrado. Empecé a danzar por la cabina, evitando sus furiosos y repetidos golpes de silla. Ésta, de aluminio en su totalidad, pesaba poco, pera lo suficientemente resistente como para abrir una cabeza. Y yo no quería que esta cabeza fuera la mía.

Tampoco recuerdo cuánto duró esta segunda pelea. Lo que sí recuerdo, y lo recordaré toda mi vida, fue su final. Un final que pudo ser la causa de nuestra destrucción, pero que en realidad fue nuestra salvación.

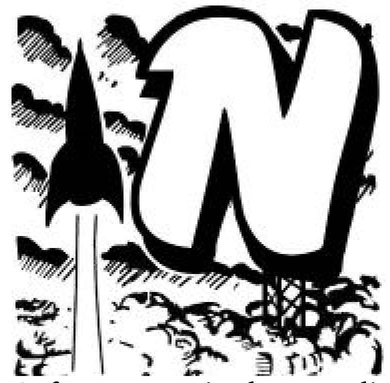
La cosa sucedió así. Yo me había parapetado en el sillón de mandos, el mismo que ocupaba yo cuando verificaba el rumbo y sus correcciones. En aquellos momentos pensaba que estaba cometiendo una equivocación absurda, irrazonable. No podía ir esquivando a Underbid constantemente, debía plantarle cara, aunque ello me costara la vida. Pero sus puños eran suficiente razón como para desechar este pensamiento audaz y suicida. Por esto, cuando Underbid atacó nuevamente, me limité a esquivarlo una vez más.

Y eso marcó el final de esta lucha.

¡Por qué la silla que enarbolaba Underbid, descendiendo a velocidad de meteoro hacia donde debía de encontrar mi cabeza, fue a estrellarse violentamente contra el tablero de mandos del piloto!

CAPÍTULO IV

DESTINO: EL SOL



O fue una actitud premeditada. Estoy seguro de que el último deseo de Underbid era causar algún mal a la nave; ella representaba nuestro único medio de salvación, tanto si íbamos a Mercurio como si regresábamos a la Tierra. Pero en aquellos momentos él no razonaba, estaba ciego. Y su ceguera tuvo no muy agradables consecuencias.

Los primeros momentos fueron tan rápidos, tan repentinos, que no llegué a darme cuenta de lo que había sucedido hasta después, cuando todo ya había sucedido. Se oyó ruido de cosas rotas, y el eco de una lejana explosión, cortada instantáneamente. Toda la nave vibró como sometida a un fuerte choque, y algunos aparatos tintinearon. Después nada. Silencio...

Underbid retrocedió vivamente, sin acabar de comprender lo que había sucedido. Higgins lanzó un grito ahogado. La silla rodó al suelo, sin mano que la sujetara. Nuestros ojos, fijos en el tablero de mandos, permanecían inmóviles, enormemente abiertos. Ninguno se atrevió a hacer el menor movimiento...

Fue el sistema automático de alarma del aparato de radar el que nos devolvió el uso de nuestras facultades, haciéndonos regresar a la realidad. Higgins se acercó al aparato, hizo las compulsaciones necesarias, y luego dijo que no con la cabeza.

—Es un aerolito. Pasará inofensivamente por nuestra izquierda, demasiado lejos para representar un peligro.

Aunando fuerzas, me dirigí hacia el panel de mandos. Todavía no sabía con exactitud lo que había pasado, aunque suponía, a juzgar por las apariencias, que sería algo serio. Empecé a hacer revisiones...

Me bastó muy poco tiempo para hacerme cargo de la magnitud de los daños. El giróscopo derecho de proa estaba inutilizado, y los mandos de los reactores laterales de dirección destrozados. La nave había dado un brusco giro a la izquierda, de unos veinte grados de ángulo, lo cual indicaba que algo había pasado en las toberas. Algo serio, no cabía duda.

Oí un sollozo a mi espalda, y me volví. Underbid, apoyado en la pared, con las manos apretadas contra la cara, lloraba como un chiquillo. Estuve tentado de emprenderla a golpes con él. ¡Condenado...! Después de la excitación, del ataqué, lo único que se le ocurría era ponerse a llorar. Una reacción típicamente paranoica. ¿Por qué diablos había tenido que venir con nosotros?

Me calmé. No era momento de ponemos a despotricar inútilmente por algo que ya no tenía remedio. Habían cosas más importantes que hacer. Y una de ellas era intentar averiguar y mejorar nuestra situación.

Me volví hacia Higgins.

—Prepara nuestros dos trajes espaciales —le dije —. Vamos a hacer una salida.

Lo que me preocupaba más eran los reactores laterales de dirección. La brusca explosión, la vibración de la nave, y los mandos destrozados hacían pensar en alguna grave avería. Probablemente el estallido de uno de ellos, lo cual explicaría nuestro brusco cambio de dirección. Si eso era así, estaríamos irremediablemente perdidos, sin capacidad de maniobra, fijos en una ruta desconocida y caprichosa que nos llevaría directamente hacia el infinito... o más allá.

Después de enfundamos nuestros trajes, salimos Higgins y yo al exterior, dejando a Underbid dentro de la cabina. No estaba en situación de hacer nada, y por otra parte, por más daño que pudiera hacer en su excitación, no seria más del que ya había hecho. De modo que lo mejor era no preocupamos por él.

Apenas estuvimos afuera, nos encaminamos Higgins y yo hacia el lugar donde estaban enclavados los reactores laterales de dirección. Éstos eran en número de seis, situados según los ángulos de un exágono regular. El primero que revisamos estaba bien. El segundo

también. El tercero lo mismo. El cuarto...

El cuarto era el que había estallado. Allí donde había estado en otro tiempo la boca, solamente existía ahora un informe agujero que dejaba ver gran parte de las desnudas entrañas de su mecanismo. Era imposible intentar arreglarlo. Estuve unos instantes examinándolo, y luego me levanté.

—¿Nada?

Negué con la cabeza.

—No, nada.

Higgins no dijo más. Se dirigió nuevamente hacia la escotilla de entrada. Yo me quedé mirando hacia atrás, hacia el reactor...

—Higgins.

Súbitamente me había acordado de la explosión bruscamente interrumpida. Higgins se volvió hacia mí, mirándome a través de su escafandra. Le hice señas para que se acercara, y cuando estuvo a mi lado le indiqué el agujero.

—Voy a meterme ahí dentro —le dije —. Tú quédate aquí.

—¿Qué vas a mirar?

Me encogí de hombros, en un gesto que no era ninguna respuesta. En realidad, era una idea que se me había ocurrido. Una idea nada agradable, por cierto. Si el estallido del reactor había abierto una brecha hacia el mecanismo interno de la nave, entonces...

Me metí por entre los retorcidos hierros, avanzando a rastras a través del destrozado tubo que fuera anteriormente el reactor. Llegué a la rejilla protectora del mismo, ahora desaparecida, y seguí mi camino. Encendí el faro frontal de mi traje, y guiándome por él llegué hasta el interior de la cámara de combustión de la nave.

Allí, en aquella misma cámara, se encontraba el gran quemador de uranio que impulsaba la nave. Para evitar posibles radiaciones estaba totalmente aislado y cerrado herméticamente de la cabina de pilotos, lugar que ocupábamos nosotros. Ahora, el aire que había existido allí habla desaparecido por el agujero del reactor, y el frío espacial había penetrado, tomando posesión del lugar. Éste había sido el motivo de que la explosión del reactor se cortara bruscamente, al desaparecer el aire que la transmitía hasta nosotros.

Pero no era esto lo más importante, sino que el frío exterior, el cero absoluto espacial, había penetrado en el interior, solidificando

todo el sistema de refrigeración de la pila, el de hidrogenación, el lubrificante, el de funcionamiento de los reactores... ¡Todo el mecanismo que ponía en funcionamiento la nave estaba ahora paralizado, inmóvil, inservible!

Volví a salir al exterior, donde me aguardaba Higgins. Con la mirada me preguntó qué sucedía, y yo volví a responderle con un gesto vago. Nos dirigimos hacia la escotilla de entrada y penetramos en la astronave.

Underbid seguía en la misma posición que lo dejamos, inmóvil, sin apercibirse de nada ni de nadie. Lo dejé estar. Confieso que hubiera deseado matarle, emprenderla con él hasta quitarle su desequilibrada vida. Pero me contuve. ¿De qué me serviría? ¿Qué ganaría con ello? Era mejor ignorarlo, hacer como si no existiera. Me evitaría, nos evitaríamos muchas preocupaciones.

Lo primero que hice, una vez sabida nuestra situación, fue averiguar cuál era nuestro nuevo rumbo, y su probable punto de destino. Tanto podía ser que nos encontráramos un planeta en nuestro camino que interrumpiera bruscamente nuestra marcha, como seguir viajando, merced al impulso inicial, hasta el infinito. Aunque a mí, he de confesarlo, tanto se me daba una cosa como la otra. Al fin y al cabo, nuestro destino sería el mismo: morir.

Hice los cálculos pertinentes, tomando como base la antigua ruta y calculando el ángulo de desviación. Computé el resultado con la carta celeste, y no fue necesario un detenido estudio para llegar a una conclusión. Sí, encontraríamos un planeta en nuestro camino, pero éste no sería Mercurio, como teníamos planeado. Nuestro nuevo destino sería un nuevo planeta, el que proporciona calor, luz y vida a la Tierra.

Nuestro nuevo destino seria el Sol.

Se lo comuniqué a Higgins. En realidad, no iríamos directamente al Sol, sino que, imposibilitados para la menor maniobra, seguiríamos una trayectoria en hipérbole que nos llevaría hasta unos sesenta mil kilómetros de distancia del astro rey. Pero sería lo mismo. Privados de usar ningún reactor de los de la nave, no podríamos vencer su fuerza de atracción, la cual nos llevaría a una órbita alrededor de él, cada vez más estrecha, cada vez más cerrada, hasta que terminara atrayéndonos definitivamente y engulléndonos en su superficie.

—No es un porvenir muy brillante ni una muerte muy dulce — le dije —. Cuando más nos acerquemos a él, más sentiremos su calor. A medida que la órbita se vaya haciendo más cerrada, éste aumentará, haciéndonos sentir ahogos, mareos. Luego, al fin, terminaremos perdiendo el sentido. El Sol nos engullirá con sus millones de grados de temperatura, y allí no quedará ya el más leve rastro de nuestros cuerpos. Pasaremos a formar parte de la masa del Sol por los siglos de los siglos. Pero nosotros ya no nos daremos cuenta de ello. Habremos muerto mucho tiempo antes.

Y suspiré. Nuestra agonía sería larga, obsesionante, asfixiante, en el más completo sentido de la palabra. Miré a Underbid. En realidad, ya no sentía deseos de matarlo. Lo que le esperaba sería suficiente, y mejor que cualquier otra muerte que yo o persona alguna pudiera proporcionarle. Lástima que nosotros seguiríamos su misma suerte...

Higgins no replicó nada a mis palabras; era su costumbre. Yo, por mi parte, decidí que lo mejor sería imitarle en este extremo. En realidad, empezaba a pensar que su actitud era la más apropiada.

Y todavía sigo pensándolo.

* * *

Por supuesto, no permanecí con los brazos cruzados mientras íbamos acercándonos a nuestra destrucción. Mis máximos esfuerzos fueron dedicados a intentar remediar nuestra situación. Probé a devolver el funcionamiento a los reactores, aunque sólo fuera a un reactor, probé de variar nuestra hiperbólica ruta, a escapar a nuestro fin... Todo inútil. Nuestra situación era irremediable. No nos quedaba más remedio que resignarnos a nuestra suerte. Y tuvimos que resignamos.

Nuestro primer y principal problema, si es que había algo que pudiera calificarse de problema, teniendo en cuenta nuestra situación, fue el de la luz y energía necesarias para mantener la iluminación y la calefacción interior de la nave. Inutilizadas las pilas generadoras centrales, habían entrado automáticamente en funcionamiento las auxiliares, de tipo eléctrico, instaladas en previsión de una avería temporal del generador principal. Pero su carga no era eterna, y pronto se agotaría. Entonces...

Decidimos no preocupamos por ello. Al fin y al cabo, ¿qué importaba que nuestro fin fuera unos días antes o después? ¿Qué

importaba morir congelados por el frío del espacio o abrasados por el calor del Sol? Todo, era una misma clase de muerte.

Los días fueron transcurriendo, y con ellos nuestras débiles, debilísimas esperanzas. Pronto me cansé de intentar algo. Tenía ya el convencimiento de que todo era inútil, de que era una tontería seguir alentando la remota esperanza de un cambio en nuestra situación. ¿Para qué entonces esforzarse inútilmente, si el resultado había de ser el mismo?

La radio estaba inutilizada, pues las pilas auxiliares no tenían potencia suficiente para ella. Al radar le ocurría lo mismo. No teníamos por lo tanto nada que hacer. Nada, salvo esperar. Esperar...

Underbid seguía inmóvil, silencioso, como una sombra. No comía, ni bebía, ni siquiera se movía. Permanecía constantemente echado en su camastro, con los ojos cerrados, como ausente. ¿Remordimientos? No lo sé, y seguramente no lo sabré nunca. Sabía nuestra situación por las conversaciones que sostuvimos Higgins y yo, pero no hacía el menor signo de conocerla. Nosotros, por nuestra parte, habíamos decidido desde un principio ignorarlo, en vista de su depresiva actitud. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Transcurrieron los días, y pronto llegamos a una distancia tal del Sol que tuvimos que anular el sistema de calefacción interior. A pesar del aislante, el calor del astro recalentaba tanto las planchas de la nave que el interior era un verdadero homo. En vez de la calefacción, pronto tuvimos que usar la refrigeración interior, y con ella se alivió algo nuestra precaria situación.

Los instrumentos, los que aún funcionaban, iban indicándonos periódicamente nuestro avance hacia el astro rey, marcando los días que nos quedaban de vida. El calor se iba haciendo tan insoportable que no lo podíamos resistir. A pesar del sistema de refrigeración, sudábamos a chorros. Permanecíamos todo el día tendidos en nuestras literas, sin ánimos para hacer nada. ¿Para qué si todo lo que hiciéramos sería inútil?

Y de pronto, el día 17 de febrero del año 2014, Underbid se suicidó.

No me he podido explicar nunca este último y extraño acto de Underbid, dentro de su no menos extraña actuación desde que sucediera todo. No he podido explicármelo, salvo tomando por base su desequilibrio después de nuestra pelea. Simplemente, no debió

poder soportar aquello, y decidió poner fin a su vida de la manera más rápida posible: ahorcándose con su propio cinturón.

No nos dimos cuenta de nada, ni Higgins ni yo, hasta que ya hacía tiempo de ello. Con el fin de ahorrar en lo posible las pilas eléctricas, permanecíamos la mayor parte del tiempo con las luces apagadas, y nosotros tendidos en nuestros respectivos camastros. Fue al levantarme de uno de estos períodos, después de haber dormido un rato, cuando me di de lleno contra algo que colgaba del techo, y que me golpeó la cara y el pecho imprevisiblemente.

Fui a encender la luz, para averiguar qué era lo que allí había, y me encontré con Underbid. Colgaba del techo, ahorcado con su propio cinturón. Había usado para ello una silla colocada sobre la mesa, y de la que se había lanzado después.

Desperté a Higgins, que dormía ignorante de todo y entre los dos bajamos su cuerpo y lo depositamos en el suelo. ¡Idiota!, le dije para mis adentros. Ni siquiera había podido esperar a morir con nosotros. Había tenido miedo de ello. ¡Imbécil!

Confieso que estuve a punto de profanar un cadáver emprendiéndola a patadas contra él, pero pude contenerme a tiempo. ¿Qué importaba morir un poco antes o después?, me dije filosóficamente. Claro que yo nunca me hubiera atrevido a quitarme personalmente la vida, pero…

Decidimos dejamos de cábalas inútiles y decidir qué hacer con su cuerpo. No era cuestión de dejarlo allí, para que se descompusiera en nuestra presencia. Yo no tenía la menor intención de contemplar el espectáculo. De modo que llegamos al acuerdo de que lo mejor era meterlo dentro de la escotilla estanca y arrojarlo al espacio. La fuerza particular de atracción de la nave lo mantendría en órbita junto a ella, y así iría a reunirse con nosotros en el infierno del Sol. Era lo mejor que podíamos hacer.

Y lo hicimos. He de confesar que no me alteró lo más mínimo su muerte. Al fin y al cabo, aquel mismo sería nuestro destino dentro de poco, y ya nos habíamos acostumbrado a ello. Nuestra vida dentro de la nave siguió lo mismo; es decir, sin hacer nada.

Al día siguiente de la muerte de Underbid, se agotaron las pilas eléctricas, y con ello nos quedamos sin luz y sin refrigeración. El calor aumentó en un ciento por ciento. Decidimos ir a buscar nuestros trajes espaciales, colocárnoslos, y usar su sistema de

refrigeración individual. Así lo hicimos, y por unas horas tuvimos alivio. Pero también se agotaron las reducidas pilas de los trajes, y éstos se volvieron hornos. Nos los tuvimos que quitar, al igual que toda nuestra ropa, a fin de mitigar en lo posible el calor. Cualquier contacto de nuestros cuerpos con otros objetos, los pies contra el piso, la espalda contra la superficie del camastro, nos produjeron pronto sensaciones de ardor, de quemadura. Sudábamos continuamente. Nuestro final se acercaba…

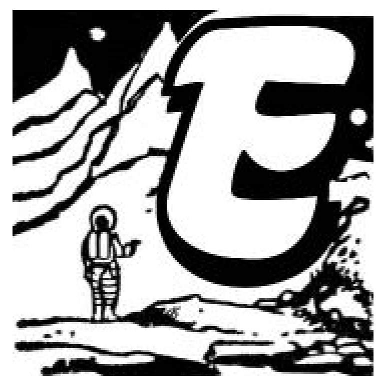
Mi mente empezó a convertirse en un caos. Imposibilitado de mover mi cuerpo, dejaba a mi cerebro que vagara por donde quisiera. Pensé en Underbid, en Brondowiitch, en mis antiguos compañeros de penal… Pensé en que en la Tierra nos considerarían ya muertos después de haber dejado, hacía ya tantos días, bruscamente de comunicar. Los tres condenados a muerte, desaparecidos en cumplimiento de una misión en el espacio. «Las posibilidades de sobrevivir son de una sobre ciento.» No habíamos tenido suerte. Ahora eran de cero sobre infinito.

No recuerdo con exactitud el momento en que perdí definitivamente el sentido. Recuerdo, sí, que mi último acto consciente fue dirigirme hacia Higgins en la oscuridad, intentando hablarle. Pero Higgins no contestaba. Debía de estar dormido, sin sentido o muerto. Me encaminé a tumbos hacia mi camastro, echándome sobre él. La espalda empezó a arderme a su contacto, pero ya no me importó. Estábamos demasiado cerca del final. Mis ideas se iban haciendo confusas, incoherentes, y una extraña semiinconsciencia me iba invadiendo. Era el principio del fin. Intenté luchar, rebelarme, pero estaba demasiado débil, apagado. Pensé en Underbid, maldiciéndole casi inconscientemente. «Esto se acaba _ recuerdo que me dije para mí mismo —. Adiós, mi querido Rod Flanagan. Nos veremos en el infierno.»

Después, el vértigo, la inconsciencia, la nada…

CAPÍTULO V

DESPERTAR



L despertar fue extraño, brusco, repentino. De súbito, sin ninguna transición, me sentí de nuevo dueño de mí mismo. No existió este estado de semiinconsciencia, de duermevela, que acompaña siempre a la vuelta de los sentidos. Simplemente volví a ser yo. Hasta ahora, y por un tiempo indeterminado, no había sido nada. Ahora volvía a ser Rod Flanagan.

Abrí los ojos. Me encontraba tendido. Sobre mi cabeza, una extensión blanca, uniforme, sin límites aparentes. A mi derecha, lo mismo. A mi izquierda...

—Hola.

Los ojos estuvieron a punto de caérseme de sus órbitas debido a la sorpresa. No por la voz que acababa de oír, ni por su dulce y extraño acento, sino por la visión de la persona que había pronunciado aquella palabra. Una mujer. ¡Y qué mujer!

Volví a mirar hada arriba, hacia la derecha, y luego de nuevo hacia la izquierda. Sí, no era una visión, sino una realidad. Una mujer hermosísima, con rostro de virgen helénica, un cabello de color de la más pura plata, y vistiendo una extraña y liviana túnica blanquísima, que competía en color con el del fondo.

Suspiré. Aquello no podía ser más que el cielo. Y ella, un ángel.

Fui a ponerme en pie, pero inmediatamente cambié de opinión y volví a tenderme, al darme cuenta de que estaba desnudo bajo la

sábana que me cubría.

La mujer, ángel, diosa o lo que fuera que tenía a mi lado pareció comprender mis pensamientos, y me entregó unas extrañas prendas, indicándome que me las pusiera.

—¿Es éste el uniforme oficial? — inquirí con un poco de sorna.

Ella no respondió, limitándose a indicarme de nuevo que me vistiera. La miré. Aunque se tratara del más puro ángel, no tenía la menor intención de vestirme delante suyo, a su vista.

Ella pareció comprender, pues dio media vuelta, y colocándose de espaldas a mí me indicó:

—Puedes vestirte tranquilamente. Cuando termines, avísame.

Decidí obedecer. Me puse las ropas que me había dado, un tanto extrañas, he de confesarlo. Consistían en una especie de pantaloncillos cortos, una chaqueta sin mangas, y una especie de capa doble que se metía por la cabeza y lo cubría a uno por delante y por detrás, en dos bandas independientes. Me recordó las capas de D'Artagnan y sus mosqueteros, pero llegando casi hasta los pies. Deseé tener un espejo delante para verme y poder reír a gusto. Debía de estar gracioso con aquella facha.

—Puedo volverme, ¿no?

Y sin esperar contestación lo hizo. Al volverse, la túnica que vestía hizo un giro, amoldándose a las curvas de su cuerpo. Estuve a punto de lanzar un silbido, pero al recordar su indudable naturaleza etérea me contuve.

Bien —dije —. Tú debes de ser mi ángel custodio, ¿no?

Ella se me quedó mirando con una arruga en la frente.

—Tú... ¿qué?

—Mi ángel custodio —repetí —. ¿Acaso no estamos en el cielo?

Dudó unos momentos.

—Sí, naturalmente, estamos en el cielo, pero... No comprendo esto de ángel custodio. Nunca había oído cosa semejante.

Me desviví en explicárselo, extrañado de que ella no conociera el significado de aquella palabra. Y cuando terminé se me echó a reír a grandes carcajadas.

Me molestó un poco aquello y decidí decírselo, pero ella, parecía poder leer mis pensamientos, se me adelantó, explicándomelo. Simplemente había confundido el término cielo con el de espacio, firmamento.

—Dos terrestres sois muy extraños — dijo —. Dais a una misma palabras varias acepciones distintas. ¿Acaso sois tan poco inteligentes que no podéis idear una palabra diferente para cada cosa?

Apenas oí aquellas palabras. Empezaba a dudar. Hasta ahora había partido de la base de que estaba real y efectivamente muerto. Pero ¿lo estaba? Me decía que aquello no parecía lo que era, o no era lo que parecía. ¿Dónele estaban las trompetas triunfales, dónde los arcángeles?

Decidí salir de dudas y me di un pellizco en el brazo. Solté un gruñido cuando me dolió. No, indudablemente, no estaba muerto.

—Bueno —decidí poner las cosas en claro —. Si tú no eres un ángel, si esto no es el cielo, ¿puedes decirme dónde demontres estamos?

—¿Qué quiere decir demontres? — se me salió por la tangente.

Armándome de paciencia, se lo expliqué. «Demontres» es una exclamación como lo son «demonio», «diablos», «truenos, rayos y centellas», etc. Temí que me preguntara qué quería decir etc., pero por suerte no lo hizo. Menos mal.

—¿Y bien? —indagué.

Me lo explicó. ¡Ahí es nada! Simplemente, estábamos en el interior de una nave espacial, dentro de una cámara de rehabilitación, donde había sido llevado cuando me habían rescatado de mi nave, ya sin sentido. Hacía cinco horas que me encontraba allí, recuperándome. Y ahora, al fin...

—¿Dónde está Higgins?

—En otra cámara de rehabilitación. Todavía no ha reaccionado.

Me rasqué la cabeza muy poco diplomáticamente, y fui a sentarme en el borde del lecho. Me dije que la cosa se estaba saliendo de sus cauces. Una cosa era ir a Mercurio, otra muy distinta dirigirse al Sol, y una tercera encontrarse en una nave desconocida, al lado de una mujer que...

—¿Quién eres? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros, dudó unos momentos y finalmente dijo:

—Mi nombre es Neyla.

Y nada más.

Así me quedé. Empecé a pensar en todo lo que me sucedía. Era

muy raro. Recordaba que la mujer, Neyla, había dicho: «Vosotros, los terrestres...», lo cual parecía indicar que ella no lo era. Y por otra parte, su sorprendente facultad de poder leer lo que pensaba uno…

—¿Tú puedes leer los pensamientos de otra persona?

Ella me miró, sonrió y dijo que sí con la cabeza

—Ya.

Volví a rascarme la cabeza. Pero me dije que qué importaba al fin y al cabo todo aquello. ¿Qué importaba su nombre, ni sus poderes? La cuestión era que ella estaba allí, y era una muchacha bellísima. Se parecía a la Venus de Milo.

—No me gusta esta comparación —dijo ella de repente —. Según mis informes, la Venus de Milo terrestre no tiene brazos y está casi desnuda.

Me mordí los labios. ¡Diablos de mujer!

—Tienes razón —repuse con evidente mala intención —. Tú tienes los dos brazos enteritos. Y en cuanto a lo otro... todavía no te conozco lo suficiente como para compararte con ella.

Neyla, con toda tranquilidad, se inclinó sobre mí y me dió un sonoro bofetón. Lo cual fue la confirmación oficial de que «sí» podía leer mis pensamientos.

Me puse en pie.

—Está bien —dije —. Dejémonos de guasas y pasemos a asuntos más serios. Si la memoria no me falla, yo me encontraba en mi nave, medio muerto, he de reconocerlo, y de repente me encuentro ahora aquí, en un sitio extraño, en pleno espacio, según tú dices, y sin saber cómo he venido a parar hasta este lugar. ¿No crees que esto merece una explicación?

Neyla sonrió.

—Sí, tienes razón. Veo que por primera vez demuestras tener un poco de inteligencia dentro de tu cabeza. «Gracias, princesa», pensé para mí mismo.

—Vamos, sígueme.

La seguí, dirigiéndonos ambos hacia un punto indeterminado, que resultó ser una pared. Aunque yo no me había dado cuenta hasta entonces, aquello no era más que una habitación. Neyla avanzó hacia ella, yo fui detrás y salimos por una puerta que impensadamente se hizo en el mismo lugar donde pocos minutos antes no había absolutamente nada.

Misterios.

* * *

Apenas salidos de la habitación, seguimos por un corredor largo y estrecho, iluminado con luz difusa, y terminamos desembocando en una cabina grande, de forma ovalada en su parte delantera, y en la que se podían divisar cinco grandes ventanales al estilo de las carlingas de los aviones, pero muchísimo mayores.

¡Y por ellos el negro manto del espacio, tachonado de estrellas, y a un lado el enorme disco del Sol, iluminando con sus potentes rayos toda una parte de la cabina!

—Bien, ésta es la cabina de mandos de nuestra nave. ¿Te gusta?

Miré a mi acompañante. Al verla entrar, uno de los hombres que había en ella se levantó rápidamente, ofreciéndole su asiento. A un gesto suyo, otro hombre se levantó también. Neyla me indicó uno, y ella fue a sentarse en el otro.

—Eres extraño, terrestre, pero me agradas —dijo —. ¿Qué es lo que turba ahora tu mente?

Desde que supiera que aquella extraña mujer podía leer mis pensamientos había tratado de esconderlos en lo más hondo de mi cerebro. Hice un gesto vago con la cabeza.

—Todo —respondí —. Esta situación, esta nave, tú...

Ella sonrió.

—Está bien —acabó diciendo —. Veo que no estarás tranquilo hasta que sepas cómo te rescatamos a ti y a tu compañero.

Y empezó a explicármelo. Simplemente, aquella nave había divisado al «Meteor 24» en pleno espacio, yendo camino hacia el Sol. Enviaron un mensaje hacia él, pero nadie contestó. En vista de ello, una patrulla salió con una nave auxiliar, se acercó a la nuestra, penetró en su interior, y en ella nos encontraron a Higgins y a mí tendidos en nuestras literas, ambos sin sentido y con la piel como langostinos. Nos trasladaron a su nave y nos llevaron a las cabinas de rehabilitación hasta que nos repusimos. Y eso era todo.

—Al principio creímos que ibais a hacer una exploración al núcleo del Sol —dijo, como quien comenta que hoy hará calor —. Pero al ver vuestro estado comprendimos que había sido un accidente y que las condiciones de vuestra nave no eran para un viaje de esta índole.

—¡Naturalmente! no pude por menos de exclamar —. ¡Ni las condiciones de esta nave, ni de ninguna! ¡No hay ningún metal que pueda resistir la temperatura del Sol!

Neyla me miró con una mirada harto elocuente y replicó:

—¿Ninguno?…

Por lo que yo comprendí que era más prudente cambiar de conversación. Después de todo lo visto, ya no me asombraba de nada.

—¿Quién era el hombre muerto que flotaba alrededor de vuestra nave? —preguntó Neyla repentinamente.

Tuve que contarle toda nuestra historia desde un principio para que llegara a entenderlo. Le expliqué mi condena a muerte, la liberación condicionada en el último instante..,

—Pero soy inocente —terminé —. Ya sé que parece absurdo decirlo en estos momentos, pero me molesta que me tomen por lo que no soy. Y no soy un asesino.

Ella sonrió.

—Lo sé. Puedo leer en tu mente que es verdad lo que dices. Si intentaras engañarme lo sabría igualmente, a pesar de que lo ocultaras en lo más profundo de tu cerebro.

Suspiré. Sí, claro. ¡Diablos de mujer! ¿Acaso no era una de esas personas a las que no se podía ocultar ningún secreto?

—Exacto.

Se levantó, dirigiéndose hacia un grupo de hombres que estaban sentados frente al gran ventanal central, teniendo al lado y delante inmensos tableros llenos de botones, pantallas y conmutadores. Les murmuró unas palabras en un idioma desconocido para mí y luego regresó a mi lado.

—De modo que os dirigíais a Mercurio, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Pues bien, da gracias a Dios de que vuestro amigo Under… Nosequé hiciera aquello y desviara vuestra ruta. Si hubierais seguido hasta Mercurio hubierais muerto indefectiblemente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Neyla se encogió de hombros. Luego, como si fuera la cosa más natural del mundo, contestó:

—Sencillamente, porque os hubieran matado los «whondaks».

Y como si aquello careciera para ella de la menor importancia dio

media vuelta y se dirigió nuevamente hacia los mismos hombres de antes.

Me puse en pie de un salto.

—¡Eh! ¡Espera un minuto, Neyla! Aclárame lo que me has dicho.

Ella se volvió.

—¿El qué? ¿Lo de los «whondaks»?

—Sí.

—Lo siento, pero es algo un poco largo de contar, y en estos momentos no puedo hacerlo; he de dirigir el aterrizaje. Luego tendremos suficiente tiempo para poder hablar.

Y se dirigió nuevamente hacia el ventanal central. La seguí, no dispuesto a quedarme colgado en el aire, lingüísticamente hablando.

—¿Acaso vamos a aterrizar en algún sitio? —inquirí, recordando sus anteriores palabras —. ¿Dónde?

Por toda contestación, ella se limitó a extender un brazo y a señalarme un punto determinado del espacio.

—Allí —dijo.

Miré... y la mandíbula no se me cayó porque tuve tiempo de sujetarla con una mano.

¡Porque allí delante, destacando con plateados fulgores a la intensa luz del Sol, se destacaba un ingenio metálico, muy parecido a las bases espaciales que han diseñado, diseñan y diseñarán los dibujantes de historietas futuristas y de un volumen no inferior al de la mitad de nuestra Luna!

—¿E... eso? —inquirí, no pudiendo casi articular las palabras.

—Exacto. —Neyla volvió la cabeza hacia mí, y me dirigió una sonrisa capaz de derretir un témpano —. Es lo que vosotros llamaríais un mundillo de exploración. Una avanzada de nuestro Sistema Solar en los restantes universos de los alrededores.

Y sin hacerme más caso, volviéndose hacia los hombres que estaban sentados ante los mandos, empezó a dictarles órdenes en un idioma para mí totalmente incomprensible.

* * *

La gran estación espacial, mundillo de exploración o lo que fuera, iba acercándose por momentos. Tenía una forma piramidal, aunque truncada en su parte inferior por muchas y simétricas aristas. Su parte superior era una inmensa plataforma, dividida por líneas

blancas en numerosos polígonos. A enorme velocidad, la nave que nos conducía se iba acercando a ella, sin ninguna vacilación.

Neyla, aquella encantadora mujer que yo tenía a mi lado, un poco adelantada con respecto a mi posición, iba dando continuamente indicaciones a los hombres que manipulaban los instrumentos en una lengua desconocida. Yo dividía mi observación entre la plataforma que avanzaba hacia nosotros y ella. En verdad, tenía que ser una mujer extraordinaria para poder mandar a todos aquellos hombres. Yo no consentiría que una mujer me diera órdenes. Bueno, a menos que fuera una mujer como ella…

Neyla se volvió hacia mí, sonriéndome.

—Sujétate. Vamos a tomar contacto.

Me agarré al sillón que tenía delante mío y esperé. Ella también hizo lo mismo. La escena que presenciaba por el amplio visor me parecía la de un aparato de reacción tomando tierra en la cubierta de un portaaviones, aunque visto desde un plano mucho más ampliado. Teniendo en cuenta la indicación de Neyla de que me sujetara, me esperaba una fuerte sacudida al aterrizar. Pero no fue más que un leve tambaleo, que no hubiera hecho siquiera caer una escoba mantenida un equilibrio vertical sobre la punta de un dedo. La nave se inmovilizó, Neyla dio algunas órdenes y luego se volvió hacia mí.

—Tendremos que esperar todavía unos minutos antes de poder salir —me dijo —. Han de fijar los cables y llevamos todavía al hangar. Luego podrás visitar la base. Si te interesa, claro.

Salimos de la cabina, y en el último momento pude ver cómo la plataforma que se divisaba a través de los ventanales desaparecía de mi vista, al tiempo que sentía una suave sensación de descenso. Recordé los montacargas que se utilizan en los portaaviones para subir y bajar los aparatos desde el hangar a cubierta y viceversa. ¿A que resultaría que aquello no era más que el sucesor futurista, en escala espacial, de un portaaviones terrestre vulgar y corriente?

Tres minutos después de haber tomado contacto con la base salíamos de la nave. Apenas pusimos pie a tierra dirigí una mirada hacia ella. Silbé por lo bajo. La nave tenía a lo menos doscientos metros de largo por unos cien de ancho. Unas buenas medidas anatómicas.

—¿Éste es el medio de transporte que usáis corrientemente por el

espacio? —pregunté.

Pero Neyla no me contestó. En aquellos momentos se había acercado a ella un hombre, y ambos se pusieron a hablar animadamente, sin que yo entendiera ni jota. El hombre me miró a mí, me señaló disimuladamente y le preguntó algo a Neyla. Ella le contestó otro tanto, y el hombre abrió la boca en algo equivalente a un «¡Oh!». Después se retiró y Neyla se volvió hacia mí.

—Bien, mi querido terrestre. Si tienes la bondad de seguirme, me encargaré de disipar todas tus dudas.

Dirigí una mirada a mis espaldas, a mi alrededor, a la gente que circulaba por allí, mirándome con curiosidad, y finalmente me encaminé en pos de Neyla, que se dirigía directamente hacia un vehículo que aguardaba a un lado. Montamos en él y ella se reclinó en su asiento.

Yo la miré, suspiré, y recordando que ella podía leer mis pensamientos, decidí no ocupar mi mente en nada. No quería recibir otro bofetón como el de la Venus de Milo. De modo que también me recliné en mi asiento, pensando que era mejor no pensar en nada y dejar que los acontecimientos corrieran por sí solos. Si intentaba hallarle una explicación a todo lo que me estaba sucediendo me exponía a armarme un taco como para volverme majareta. Majareta perdido.

CAPÍTULO VI

HOMBRES DE FUEGO



A habitación en la que finalmente entramos era un cuarto amplio, espacioso, como no podía sospechar que existiera en el interior de una base espacial. Su utilidad determinada no supe discernirla en un principio; estaba dotado de un amplio lecho de rara forma, con algo muy semejante a un dosel en su parte superior, varios sillones, de contextura desconocida en la Tierra, sillas, mesas, un par de especie de pantallas de televisión…

—Es mi habitación particular —me explicó Neyla.

Hecho lo cual, me indicó uno de los sillones esparcidos por la habitación con amable gesto.

Acomódate y descansa. Voy a hacer que te traigan algo de comer.

Mi amable, dulce y exquisita anfitriona se dirigió hacia uno de los supuestos aparatos de televisión y apretó un botón de los situados al margen. Al instante la pantalla se encendió, apareciendo en ella un rostro desconocido a mis ojos. Intercambiaron unas palabras en su desconocido idioma, y luego Neyla apagó el aparato.

—Por favor, siéntate —volvió a repetir ella al ver que yo proseguía en pie —. Aquí no es necesario gastar cumplidos, como en la Tierra.

Obedecí, reclinándome en uno de los raros pero cómodos, comodísimos, sillones, y ella hizo lo mismo en otro. No tardaron ni cinco minutos en abrirse la puerta, y por ella apareció, sola, sin que nadie la empujase, una especie de mesilla-bandeja. Como guiada

efectiva y certeramente por una mano desconocida, se detuvo ante mí.

—-Come algo —- me dijo Neyla indicándomela —. Te sentará bien.

Miré, no sin cierta desconfianza, los mejunjes que integraban la bandejilla de marras. Una pasta granulada de color gris oscuro, una serie de porciones amarronadas, al estilo pastillas de chocolate, un líquido ambarino...

—No temas, no te hará daño nada. Al contrario, te alimentará.

Me decidí. Si Neyla me lo decía, estaba dispuesto a beberme sin vacilación medio litro de ácido nítrico de un solo trago. La chica se había conquistado de un solo golpe mi afecto... y otras cosas.

Comí de todo un poco, dejando algo como signo de educación. Apenas terminé, la mesilla dio media vuelta y se fue como había llegado. Es decir, sola.

—Bien — dijo Neyla entonces, arrellanándose en su sillón —. Creo que ahora ya podemos pasar a lo que nos interesa. ¿Qué es lo que deseas saber?

Mi respuesta no se hizo esperar ni una milésima de segundo.

—¿Quiénes son los «whondaks»?

Ella rió con risa cálida e irritante, y me dirigió una mirada capaz de marear al más avezado marino.

—Vosotros, los terrestres —dijo —, sois todos así. Impetuosos, apasionados, siempre deseando saber el final antes que el principio. ¿No te parece que lo más lógico es siempre empezar por el principio?

Suspiré.

—Naturalmente. Si tú lo dices…

Y ella, mareándome todavía con su espléndida y turbadora sonrisa, y su no menos espléndida y turbadora mirada de franqueza, empezó a contarme una historia que no hubiera creído en absoluto de no ser por todo lo que me venía sucediendo en aquellas últimas horas. Lo cual ya es decir.

* * *

Los urkis eran una raza que habitaba uno de los doce planetas que rodean el sistema doble de Sirio, desde hacía ya muchos siglos, muchos más que el hombre sobre la Tierra. Como todas las razas,

habían iniciado su evolución física e intelectual, conquistando poco a poco, con paciencia y perseverancia, todos los elementos naturales de su planeta. Y así, una vez estuvieron posesionados de todo él, los urkis dirigieron su mirada al cielo, con la ambición de conquistar el espacio. ¿Qué hay más allá?, se preguntaron. Y empezaron a explorar los restantes mundos de su sistema. Encontraron algunas formas de vida, plantas, animales..., pero ninguna que les satisfaciera. Y entonces volvieron a mirar al cielo. ¿Qué hay más allá?, se preguntaron de nuevo. Sabían que, lejos de ellos, había otras estrellas, otros soles probablemente habitados también por seres racionales. Pero estaban demasiado lejos para llegar hasta ellos y explorarlos...

Así, hasta que se descubrió la existencia del subespacio, este espacio cuatridimensional que los terrestres aún ignoramos, pero que existe, y por el cual se podía viajar y trasladarse en escasos segundos a millones de años luz. Y con ello, las más lejanas estrellas se pusieron al alcance de sus manos...

Se construyeron varias bases espaciales de gran tamaño, varios «mundillos de exploración», donde se instaló toda una colonia de hombres y mujeres. Y con ellos se fueron explorando los diversos mundos y sistemas solares de más allá de Sirio. Se empezó a explorar la Vía Láctea, y con ella el Sistema Solar...

—Y aquí ha sido el primer lugar en donde hemos encontrado vida organizada idéntica a nosotros. Habíamos ya encontrado numerosos tipos de vida organizada, de diversa índole, pero todos ellos con características y adaptabilidad al medio ambiente diferente de las nuestras. De modo que cuando os descubrimos a vosotros tuvimos gran alegría. Decidimos entrar en contacto con la Tierra, entablar relaciones, pero nos llevamos una desilusión al estudiaros. Estabais demasiado atrasados con respecto a nosotros. Vuestras inteligencias no estaban preparadas para recibimos, y el entrar en relaciones con vosotros no hubiera ocasionado más que desastres. Desastres que nosotros queríamos evitar por todos los medios.

—Lo cual quiere decir —no pude menos que dar a mis palabras un tono sarcástico —que vosotros sois superinteligentes y no queréis rebajaros con superidiotas como nosotros, ¿verdad?

—No, en absoluto. Simplemente, vuestro adelanto no es tanto como para asimilar nuestra cultura y nuestro actual nivel científico.

Todo ello podía convertirse en un peligro en vuestras manos si os lo entregábamos.

Es como si a un salvaje le entregarais vosotros unas cuantas bombas atómicas y un par de naves espaciales.

—Ya. En resumidas cuentas, que somos unos salvajes.

Neyla sonrió.

—Está bien, si te lo tomas de este modo, allá tú. La realidad es ésta: sentíamos hacerlo, pero no nos quedaba más remedio que dejaros tranquilos. En el planeta Tierra, tercero del Sistema Solar, había una raza idéntica a nosotros, pero que nos estaba prohibida. Debíamos abandonarla sin establecer contacto, y no acercarnos más a ella. Y así lo hicimos.

—Entonces... ¿qué demonio hacéis todavía por estos alrededores?

—Sencillamente, que tuvimos un contratiempo. Algo que nos impidió realizar nuestros deseos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Al abandonar el Sistema Solar fuimos explorando, casi por rutina, los restantes mundos que os acompañan. Y descubrimos en uno de ellos la existencia de otros seres: los «whondaks», ya te lo he mencionado antes. Ello nos impidió irnos.

Estuve tentado de preguntarle por qué el descubrimiento de los «whondaks» les impidió irse, pero había otra pregunta que me quemaba todavía más la lengua. Por eso, casi a punto de estallar, pregunté:

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ¿puedes decirme de una vez quiénes son esos malditos «whondaks»?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente — respondió como quien no quiere la cosa —, los habitantes del Sol.

Y entonces sí que estallé.

Tuve suerte de que el techo de la habitación era alto, si no, nadie me hubiera librado de incrustar la cabeza en él. Me metí poco diplomáticamente los dedos en los oídos y hurgué fuertemente para librarlos de todo obstáculo que me impidiera la perfecta audición. Luego inquirí nuevamente:

—¿El «qué» has dicho?

—Los habitantes del Sol, sencillamente. ¿Acaso te extraña?

Solté un bufido. ¡Que si me extraña!

—Naturalmente. Oye, mi querida amiga Neyla. Estoy de acuerdo en que quizá, con respecto a vosotros, seamos un poco salvajes, un poco ignorantes. Pero eso no quiere decir que seamos tontos. ¡No hay nadie que pueda vivir en ese homo que es el Sol!

—¿Seguro ?

Rezongué algo por lo bajo. Estaba sospechando que me tomaban la cabellera.

—Óyeme, mi querida amiga. Dejémonos de guasas. Estoy muy agradecido de vuestra ayuda, debo felicitaros por todo lo que habéis hecho... ¡Pero no me hagas tragar este cuento de los habitantes del Sol! ¡Es demasiado!

Se me echó a reír en mis propias narices, burlándose de mi indignación.

—No, amigo, no. Comprendo que a ti te parezca absurdo e imposible todo ello, pero esto no quiere decir que no sea más que la pura verdad. Sé que ninguna criatura constituida como nosotros puede soportar impunemente la temperatura del Sol, pero dime, ¿acaso yo te he dicho que los «whondaks» sean iguales a nosotros?

Cerré los ojos. Empezaba a hacerme un lío que no se lo saltaba un canguro.

—¿Ah, no?

—No. He dicho los habitantes del Sol, es cierto. Hombres, si puede llamárseles así teniendo en cuenta su forma y constitución, habituados a vivir en aquel ambiente de homo. Hombres de fuego, simplemente.

Me hundí en mi sillón hasta casi estar a punto de desaparecer en él por completo. ¡Sólo me faltaba oír aquello!

—Comprendo que te suene raro, pero no es más que la pura verdad. Tú has querido saberlo, y te lo digo. ¿Acaso nosotros no estamos compuestos de carbono, otras criaturas de hierro, otras de cristal, otras de titanio y así por el estilo. ¿Acaso no pueden existir en el infinito universo otros seres que estén formados por fuego? ¿Qué pruebas tenemos en contra de ello?

—Ninguna — tuve que reconocer, muy a mi pesar.

—¿Entonces...?

Suspiré. Mi cabeza empezaba a hacerse un caos; eran demasiados descubrimientos y demasiadas emociones en demasiadas pocas horas Seres de fuego... ¡uf!

—Bien —dije —. Supongamos que sea verdad, que existen realmente estos seres de fuego. ¿Acaso os habéis quedado para estudiarlos? ¿Por qué dijiste que, si íbamos a Mercurio, moriríamos, ya que ellos estaban allí?

—Por una razón muy sencilla, y déjame que empiece por el principio. Indudablemente tan sólo nos habríamos limitado a echarles una breve ojeada, de no ser por un simple e insignificante detalle que pudimos apreciar: que los «whondaks» tenían, y «tienen», el proyecto de destruir la Tierra. Y lo harán si nosotros no se lo impedimos.

E iba a añadir algo más; yo ya no me encontraba con ánimos ni con fuerzas para responder, cuando la interrumpió la intempestiva entrada de un hombre en la estancia, el cual entabló un breve diálogo con ella. Neyla se puso en pie de un salto, me miró, miró al hombre y luego volvió a mirarme a mí.

Has dicho que no creías en la existencia de los hombres de fuego, ¿verdad? — me dijo con un retintín que no me gustó nada —. Pues entonces ven, y los podrás observar personalmente a conciencia todo lo que quieras. ¡Anda, vamos!

E hizo una seña al hombre, saliendo los dos inmediatamente de la habitación. Seguidos, naturalmente, por un desconcertado Rod Flanagan, que ya no sabía si tenía la cabeza en el sitio de los pies o los pies en el sitio de la cabeza.

O ambas cosas a la vez.

CAPÍTULO VII

ATAQUE



NDUVIMOS por numerosos e intrincados corredores metálicos antes de llegar a nuestro destino. Era éste una sala grande, espaciosa, de techo abovedado, en la que se hallaban reunidos infinidad de hombres y mujeres ante numerosos aparatos, controles, pantallas... Nos acercamos a uno de ellos, situado en un estrado más elevado que los demás, y _ manejando una regular pantalla. Después supe que aquel hombre era el jefe de la sala de control. Neyla le dirigió algunas palabras en su idioma particular, y el hombre le contestó. Después ella se volvió hacia mí.

—Es la tercera vez que nos atacan —dijo —. Sin duda todavía no han comprendido que no pueden nada contra nosotros. Al menos por ahora.

Supuse que se refería a los tan traídos y llevados «whondaks», pero no contesté. ¿Para qué? Todo lo que hubiera podido decir hubiera sido una insensatez.

—Esta vez vamos a proceder mejor que las veces anteriores — prosiguió Neyla dirigiéndose a mí —. Vamos a intentar capturar a uno de esos hombres. Luego ya veremos lo que sucederá.

El hombre al que nos habíamos acercado seguía frente a su pantalla, manejando numerosos diales y coordenadas. Por el rectángulo luminoso iban pasando rápidamente sucesivas ráfagas del espacio, hasta que finalmente se detuvo en una.

—Aquí están — dijo el hombre, hablando por primera vez en un

idioma comprensible para mí.

Neyla se acercó a la pantalla, y yo hice lo mismo. En ella se veían algunos puntos brillantes, unos cincuenta, que se movían oblicuamente. Eran de un tamaño aparente mucho mayor que el de las estrellas del fondo, lo cual indicaba que estaban muchísimo más cerca. El hombre sentado ante la mesa oprimió un botón y la imagen se aumentó, centrándose en un trozo de espacio plagado de puntos. Éstos se agrandaron, aclarándonos su naturaleza.

—Éstos son los «whondaks» —dijo Neyla.

Abrí mucho los ojos.

—¡Pero si son simples esferas metálicas!—exclamé, no dando crédito a mi vista.

—Sí, naturalmente. Pero esto es sólo su envoltura exterior, su «traje espacial». Dentro se encuentran ellos.

Moví la cabeza. Para un ser que tuviera que usar escafandra circular, no le haría yo una figura muy airosa, con respecto a la humana.

—Es que no tienen figura —dijo Neyla, leyendo mis pensamientos y contestándolos —. Son seres de naturaleza amorfa.

Confieso que ya no me asombré. Hacía rato que estaba curado de sustos.

—Se acercan a la trampa número tres — dijo el hombre sentado ante la pantalla, volviendo a hablar, para mi satisfacción, en cristiano.

—Bien. Enfócanos hasta allá.

La visión que contemplábamos en la pantalla desapareció y fue sustituida por otra correspondiente a un costado de la base espacial. El hombre tomó un micrófono, movió un conmutador y le habló algo a una persona invisible y desconocida.

—Vas a ver ahora cómo capturamos a un «whondak» —dijo Neyla, dirigiéndose a mí —. Creo que va a ser una experiencia interesante.

Por un ángulo de la pantalla apareció ya el enjambre de «whondaks» o como diablos se llamaran, aunque mi parecer era que el nombre que mejor les cuadraba, por entonces, era el de «pelotas». Se acercaron al costado de la base y, como si fueran lapas, se pegaron a él. Parecía como si quisieran establecer contacto. Me rasqué la cabeza. ¡Demonios! ¿Qué diablos estarían intentando

hacer?

—Entrar en la nave, simplemente —maldije para mí mismo su capacidad de poder leer mis pensamientos —. Se pegan así a ella, y por el lado en que establecen contacto empiezan a irradiar calor en toda su potencia, con la esperanza de fundir el metal de la estructura y abrir un boquete que les permita el paso.

Silbé por lo bajo.

¡Caramba! ¿ Y tú crees que pueden llegar a conseguirlo?

En absoluto. Este metal es demasiado resistente para el calor que ellos pueden irradiar. No se fundirá por más que lo intenten.

—Ya. Y... dime: ¿cuánto calor pueden irradiar estos bichos, aproximadamente?

Ella se encogió de hombros.

—Poco. Sólo un millón de grados.

Me mordí los labios. ¡Sólo un millón de grados! Decidí no hacer más preguntas. O era un ignorante de tomo y lomo, o me estaban tomando el pelo de una manera bárbara.

—Vamos a lanzar la trampa —dijo el hombre de la pantalla. Y habló no sé qué con no sé quién a través del micrófono.

Observamos la pantalla. Una «pelota» (me resulta más fácil y más cómodo llamarlos así) se acercó a la estructura, a un lado del rectángulo luminoso. El hombre dio una seca orden, y de repente algo salió silbando (es una expresión, pues en el espacio no se oyen los ruidos, ni siquiera los silbidos), agarrando irremisiblemente a la pelota, al vuelo. Era una red. Apenas la tuvo agarrada fue tirando de ella, hasta meterla por el orificio del cual había salido. Éste se cerró a sus espaldas rápidamente... y allí no había pasado nada.

—Todo ha ido bien —dijo el hombre, por si no lo habíamos visto en la pantalla.

—Sí, ya lo hemos visto —replicó Neyla —-. Que lo lleven a la cámara especial para su estudio, y que lancen contra los demás ondas de frío, a ver si nos dejan tranquilos de una vez. Nada más por ahora.

El hombre asintió y empezó a dar órdenes. Al poco tiempo pudimos apreciar como los «pelotas» se replegaban sobre sí mismos, se despegaban de la base, como si una fuerza superior los repeliera. Poco a poco, a regañadientes, fueron alejándose...

Cuando todo hubo terminado, Neyla me preguntó:

—¿Qué te ha parecido lo que acabas de ver?

Me encogí de hombros.

—Absurdo —dije, con convicción —. No he comprendido absolutamente nada de todo ello.

—Sí, me lo imagino. Todavía no sabes nada acerca de los «whondaks», ¿verdad?

Asentí.

—Tú lo adivinas todo. ¿Cómo quieras que sepa algo si acabo de «conocerlos»?

Ella sonrió.

—Bien, amigo Rod. Creo que lo mejor es que te lo aclare todo ahora, mientras esperamos el resultado del examen del «whondak» que hemos capturado. ¿De acuerdo?

Dije que sí, naturalmente. ¡Cualquiera dice lo contrario estando, como yo lo estaba, prácticamente sobre ascuas!

* * *

En resumidas cuentas, los «whondaks» eran hombres como nosotros, según la acepción literal de la palabra. No tan avanzados, no tan inteligentes, con diferente forma y composición, pero dotados, al igual que nosotros, de vida e inteligencia.

Habían habitado desde siempre en el Sol, su planeta de origen. Seres de naturaleza de fuego, solamente necesitaban del calor para vivir. Un muy intenso calor. Tan intenso, que el planeta Mercurio, con sus cien grados de temperatura superficial, les resultaba una nevera.

Durante siglos y siglos, los «whondaks» habían habitado el astro del Sol, alimentándose con su calor, viviendo con su vida. Hasta que un día...

Los «whondaks» no se habían alejado nunca de su fuente de calor, energía y vida. Sus cuerpos de fuego no podían soportar el frío espacial ni un solo segundo, Pero un día descubrieron algo que nunca hasta entonces habían advertido: que en su astro había un elemento que no se fundía a pesar del calor, que no se vaporizaba (1[4]). Un metal que era tan resistente al calor como lo era al frío. ¡Al frío!

Los «whondaks» hallaron en este metal su camino de expansión. Lo fueron reuniendo, fueron juntando sus fragmentos, y les fueron

dando forma, ya que era muy maleable. Construyeron con él esferas que los pudieran cobijar y proteger. Y ellas se convirtieron en sus trajes y sus naves espaciales.

Probaron sus recientes invenciones. El resistente metal impedía que el frío del espacio pasara a sus cuerpos, y su propio calor, debidamente encauzado y graduado, les servía de combustible y energía para trasladarse de un lugar a otro. Los «whondaks» podían ir a recorrer su universo.

Y así lo hicieron. Llegaron primero a Mercurio, donde se asentaron e instalando su primera base espacial. Fueron después a Venus, a la Tierra... y allí descubrieron que el tercer planeta estaba también, al igual que el Sol, habitado.

Y aquello les alarmó y les irritó. Ellos vivían en el principal astro del Sistema, el mayor y más importante, el que daba su vida a todos los demás, el que proporcionaba luz, calor y vida, el que era indispensable para su existencia. Luego, si el planeta era el más importante de todos, ellos, sus habitantes, también lo eran. Eran los seres más importantes del Universo.

Y preveían que los otros, los habitantes del tercer planeta, que ahora iniciaban también sus primeros balbuceos interplanetarios, no se resignarían a ser vasallos. Querrían también ser conquistadores, amos. Había, por tanto, que eliminarlos. Eran sólo, según el punto de vista «whondak», entes secundarios, sin importancia. *Animales*.

—Desde este momento —: dijo Neyla —, los «whondaks» han destinado todos sus esfuerzos a esta tarea.

Y han ideado un método muy efectivo para eliminar de su camino a estos animales que sois vosotros, los terrestres. Ellos pueden vivir en los sitios más calurosos. Pueden, por tanto, vivir en el interior del núcleo de la Tierra. Y éste es su plan: trasladarse todos ellos al núcleo de la Tierra. Trasladarse allí, taladrar la superficie terrestre hasta llegar a él, e ir ocupándolo. Los materiales que lo forman, al rebasar su propio volumen, harán presión sobre la corteza de la Tierra, presión que aumentará a medida que más «whondaks» lo vayan ocupando. Hasta que al fin, no pudiendo resistir la presión interna, la Tierra se desguazará, se partirá en trozos, se desmenuzará. Y cuando esto suceda... creo que no es necesario que explique cual será el fin de todos los terrestres.

Siguió un silencio a estas palabras. Aquello me había

impresionado, lo comprendo. Pero no lo creía. No podía ser cierto. Era., era…

—¡Es absurdo!—exclamé, no pudiendo contenerme más—. ¡Completamente absurdo! ¿Cómo pueden unos hombres así, simples esferas de fuego, lograr… lograr eso?

—No creas que es imposible —me refutó Neyla con toda tranquilidad —. Los «whondaks» tienen muchos atributos que vosotros, los terrestres, no conocéis, ni habéis soñado en ellos siquiera. Además, observa el Sol. Su volumen es más de un millón de veces mayor que el de la Tierra (1[5]). Por lo tanto, puede contener muchos más habitantes que ésta. ¿Sabes a cuántos ascienden, calculados a grosso modo, los habitantes del Sol? A más de diez mil billones. Compáralos con los 6 mil millones que tiene la Tierra, y haz un cálculo. ¿No crees que si, no digo todos sino tan sólo una parte, se metieran en el núcleo de la Tierra, podían hacerla estallar por presión interna? Teniendo en cuenta que los «whondaks», por su misma naturaleza de fuego, no son vulnerables a presiones ni a otros agentes físicos, exceptuando el frío…

No dijo más; con lo que acababa de mencionar ya era suficiente. Con todo, yo me limité a mover la cabeza dubitativamente. A pesar de todas las razones aludidas, seguía pareciéndome absurdo todo aquello.

—Muy bien, tómatelo como quieras. Luego, cuando te des cuenta de que no es más que la pura verdad, tendrás que aceptarlo, lo desees o no.

—Tal vez. ¿Y por eso os habéis quedado vosotros aquí, en el Sistema Solar?

Ella me sonrió, con aquella sonrisa que sólo ella sabía hacer.

—Naturalmente. Aunque estéis demasiado atrasados para con nosotros, esto no quiere decir que os abandonemos a vuestra suerte, ignorantes de todo. Aunque no lo queramos sois nuestros hermanos, al menos en forma y constitución. Y nuestro deber es ayudaros.

—Ya, muy enternecedor. ¿Y qué pensáis hacer?

—Nada. Simplemente, eliminar a los «whondaks».

—¿Qué?

Abrí Unos ojos como platos, y Neyla volvió a sonreír, encogiéndose de hombros.

—Exactamente lo que te he dicho. Vosotros, los terrestres, os

asombráis por nada —¡decía nada a aquello! —. Voy a ponerte un ejemplo típicamente terrestre para que lo comprendas. Tú tienes dos manzanas, una sana y la otra podrida. La podrida puede destruir a la sana. ¿Qué harás entonces? Simplemente, destruir la podrida. Pues esto es lo que nosotros pensamos hacer.

—¡Pero el caso es distinto!

—-De acuerdo, pero en base es el mismo problema. Lo hemos estudiado todo muy detenidamente, y hemos llegado a la conclusión de que es lo único que se puede hacer. Piénsalo. ¿Qué haremos? ¿Evacuar la Tierra? ¿Intentar convencer a los «whondaks» de que no hagan lo que proyectan? Ya has visto lo que sucede: apenas nos han visto a nosotros en los confines del Sistema Solar, nos han atacado ya tres veces. Para ellos vosotros, los terrestres, e incluso nosotros mismos, no somos más que bestias, animales inferiores a los que se puede matar a voluntad. ¿Qué hacéis vosotros, las naciones de la Tierra, cuando otra nación os ataca? No vais con buenas palabras, con argumentos más o menos bellos. Simplemente, os defendéis, repeléis al agresor, lo destruís si está en vuestras manos. Esto es lo que pensamos hacer nosotros, ya que vosotros no podéis hacer frente al peligro. ¿Lo comprendes?

Denegué con la cabeza. No, no lo comprendía. No sabía si era que mis ideas estaban anticuadas, o que todo había sucedido con demasiada rapidez, pero la verdad era que no acababa de asimilarlo. Y necesitaría un buen tiempo antes de lograr hacerlo totalmente.

Neyla se levantó, colocándome una mano sobre el hombro.

—Bien. Dejemos esto, y vamos a ver al «whondak» que hemos capturado.

Capítulo VIII

EL PRISIONERO



OS rincones de la gran base espacial eran completamente desconocidos para mí. Tuvimos que recorrer numerosos pasillos y dependencias antes de poder llegar, al fin, a nuestro destino. Era éste una gran cámara completamente cerrada, alrededor de la cual numerosos hombres estudiaban gran cantidad de instrumentos, todos ellos desconocidos para mí. Neyla se detuvo al llegar a este punto, y yo hice lo mismo.

Durante un breve tiempo permanecieron ella y los hombres allí reunidos hablando, sin que yo pudiera enterarme de nada de lo que decían. Después, se volvió hacia mí.

—Ven.

Anduvimos hasta una cámara pequeña adosada a un lado de la anterior, y Neyla se metió en ella decididamente. Hice lo mismo, y nos encontramos en el interior de una especie de cubo de unos tres metros cuadrados, una de cuyas paredes era totalmente de material transparente. Nos acercamos a ella, y Neyla observó a través de las paredes. Yo hice lo mismo... y lo que vi me hizo lanzar un grito de sorpresa y estupefacción .

—Esto es un «whondak» — dijo Neyla —. El que hemos capturado hace poco.

¡Lo que había allí era, simplemente, una bola de fuego!

—Exacto. Esto es lo que son los «whondaks». Bolas ígneas. Pero inteligentes, y con capacidad de crear y transformar. Observa.

En la cámara, al lado de la bola de fuego, cayó una pequeña esterilla metálica. El «whondak» se lanzó sobre ella, empezó a moverse, a deformarse, a cambiar... y pronto tuvo formada con la pequeña bola una esfera de un tamaño aproximado al suyo, dentro de la cual se metió rápidamente, antes incluso de que pudiera percatarme de lo que había hecho.

—Esto es su traje espacial —dijo Neyla, aclarándomelo —. Cuando penetró aquí le obligamos a sacárselo mediante explosiones de frío, y se lo quitamos, convirtiéndolo en una sola masa metálica. Ahora se lo hemos devuelto, y ya has visto el resultado.

Asentí con la cabeza.

—Esto te demostrará que son inteligentes a pesar de su aspecto —prosiguió —. Sabe que se encuentra prisionero, y que lo podemos eliminar cuando queramos. Por esto se ha apresurado a protegerse apenas ha tenido de nuevo el material de su «traje». Si te has fijado bien, habrás observado que no tienen manos, pero que pueden emitir tentáculos de su masa, y con ellos coger, mover y transformar todo lo que quieran. Además, pueden graduar y emitir el calor que contienen sus cuerpos, y así modelar, fundir, destruir lo que encuentren a su paso, siempre que no resista más allá del millón de grados que pueden desarrollar...

Asentí con la cabeza, imaginándome lo que me sucedería a mí si me encontraba cara a Cara con uno de aquellos seres. Simples cenizas. Si es que las cenizas resisten la temperatura de un millón de grados.

—Ya lo ves — prosiguió Neyla —. Son simplemente bolas de fuego, sin anatomía precisa, sin órganos, sin partes. Y, sin embargo, os consideran a vosotros, los terrestres, como simples animales. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros filosóficamente. Parecer, no me parecía nada. Estaba comprobando que era mejor abstenerme de opinar.

—¿Y cómo pensáis destruirlos? —pregunté de pronto, acordándome de sus anteriores palabras —. ¿Cómo pensáis hacerlo para eliminarlos?

—De un modo muy sencillo. Simplemente, con frío.

Abrí la boca.

—¡Ah ! —dije, quedándome igual que antes.

—Sí, con frío —. aclaró ella, no hay que olvidar que podía leer

mis pensamientos; es más, se complacía en leerlos —. Antes te he dicho que obligamos a este «whondak» a quitarse su envoltura metálica mediante explosiones graduadas autodirigidas de frío, ¿lo recuerdas? Pues bien, ésta es la única arma que les hace mella. Siendo seres de fuego, necesitando del calor para vivir, no pueden resistir el frío. Este los mata, los destruye, los apaga. Por eso nosotros hemos construido armas de estas características. Tenemos pistolas, fusiles y bombas-proyectiles de frío. Un armamento un poco extraño, pero efectivo en estas circunstancias.

—Sí, de acuerdo. ¿Y dónde pensáis hacerlo? ¿Directamente al Sol?

No pude evitar que en mis palabras se mezclara el escepticismo. Neyla no contestó en seguida. Se dirigió hacia la salida de la pequeña cámara metálica, y la abrió. Yo dirigí una última mirada al «whondak» encerrado en su concha, pensando en que aquello lo parecía todo menos un ser inteligente, y la imité.

Una vez en el exterior, ella contestó a mi pregunta:

—No. Primero hemos de eliminar la avanzadilla que tienen en Mercurio. Allí están construyendo aparatos para horadar la Tierra y abrir accesos hasta su núcleo, allí se están preparando para iniciar su obra. Éstos son los que hemos de destruir, ya que ellos son los que llevan adelante el proyecto. Si los destruimos, si destruimos los aparatos que están construyendo, tendrán que volver a empezar de nuevo, y nosotros tendremos tiempo de preparar nuestra ofensiva general, tal como has dicho tú, directamente al Sol. Cuando os encontramos a vosotros dentro de vuestra nave hacíamos un vuelo de prueba para ensayar las armas que debemos emplear contra ellos. Ahora ya las hemos probado, sabemos su efectividad, y podemos usarlas cuando queramos. Se está preparando ya una nave para realizar un vuelo hasta Mercurio. Un vuelo de destrucción, naturalmente.

Asentí, pensativo. Hasta ahora todo había sido demasiado complejo para mí, pero aquello empezaba ya a interesarme.

—Yo soy terrestre —dije —. Según tú, nosotros somos la víctima propiciatoria de estos «pelotas»... «whondaks», ¿no? Entonces, creo que mi deber es colaborar en todo lo que pueda. ¿Puedo ir yo también en la expedición que vaya a Mercurio? Creo que será una cosa interesante.

Ella asintió, de nuevo con su sonrisa encantadora.

—Sí, naturalmente que sí — me respondió. Y luego, con una franqueza no menos encantadora que su sonrisa, añadió —-: No creo que sirvas de gran cosa, pero estás en tu derecho de ir. Es algo que te concierne.

Le agradecí mentalmente sus palabras, deseando que ella estuviera leyendo en aquellos momentos mis pensamientos. Y los estaba leyendo, pues se echó a reír y me dijo, en el colmo de la franqueza encantadora:

—Los terrestres sois unos tontos encantadores. Tal vez sea por esto por lo que tú me has gustado desde un principio.

Oído lo cual le perdoné todo, con tal de que fueran verdad aquellas palabras que acababan de sonar como música deliciosa en mis oídos.

Volvimos de nuevo a la habitación de Neyla, pero esta vez nos detuvimos en la puerta. Un hombre acudió rápidamente a nuestro encuentro, y ella le dijo algunas palabras en su ininteligible idioma.

—Bien — exclamó luego, volviéndose hacia mí —. Creo que es mejor que te retires un rato a descansar. Hasta mañana no se iniciará la expedición a Mercurio, y todavía falta tiempo.

—¡Pero si no estoy cansado! —argüí.

No quería quedar privado tan pronto de su presencia.

—Tú no, pero yo sí —se rió de nuevo, demostrándome por enésima vez haber leído mis pensamientos. «¡Diablos de mujer!», pensé—. Es mejor que descansemos los dos. Hasta mañana.

—¡Un momento! —-la sujeté por un brazo cuando ya iba a meterse en su habitación; sus últimas palabras me hacían pensar algo —. ¿Tú también irás mañana en la expedición?

—Naturalmente. Es mi deber.

—Ya. —Dudé unos segundos. Lo que quería preguntarle era algo que rondaba por mi cabeza desde que la viera por primera vez —. Oye, Neyla... he podido observar que aquí, en esta base, gozas de un cierto respeto y una cierta autoridad. ¿Qué cargo tienes?

—Uno cualquiera —me respondió, sencillamente —Soy el jefe de la expedición. Hasta mañana.

Y como si hubiera dicho «mañana lloverá», se despidió de mí, muy al estilo terrestre, lanzándome un beso con la punta de los dedos. ¡Ah, el corazón femenino!...

* * *

Tumbado en el extraño, sorprendente y cómodo lecho que me habían asignado, mirando fijamente a un punto indeterminado del espacio, como queriendo traspasar la barrera que me rodeaba y me separaba del mundo que hasta entonces había conocido, pensé en todo lo que me había sucedido en aquellas últimas horas.

En realidad, no podía por menos que sorprenderme de ello. Me encontraba en una nave extraterrestre, en una inmensa base espacial de unos extraños seres provenientes del sistema doble de Sirio, y me parecía como si estuviera en mi propia casa. En el término de un par de horas como máximo me había enterado de la existencia de unos seres que habitaban el sol, de su proyecto de destruir la Tierra, de la necesidad de acabar con ellos para que no llevaran a cabo sus propósitos, de la misión que se habían echado encima aquellos hombres y mujeres para lograrlo… y allí estaba, tan tranquilo, tumbado en una cama, dispuesto a tomar parte en aquellas operaciones como si se tratara de un simple juego de rugby.

«En verdad —me dije —, no entiendo a esos… «urkis» creo que ha dicho Neyla. Vienen aquí a explorar el Sistema Solar, y nos encuentran a nosotros. Ven que somos demasiado atrasados, y por eso deciden no establecer contacto. Pero cuando encuentran a otra raza con evidentes propósitos de destruimos no vacilan, y deciden quedarse aquí para ayudamos desinteresadamente y no permitir que estos bichos lleven a cabo sus planes. La reoca».

Además, lo de Neyla. Yo siempre me había imaginado al jefe supremo de una expedición de esta índole como un hombre, he dicho hombre, de avanzada edad, fuerte, robusto, con un rostro noble y una espesa barba, dando constantemente órdenes e indicaciones con una voz bronca y potente. Pero una mujer… ¡y una mujer como Neyla nada menos!

Decidí dejarlo. Por más que cavilara sobre ello, no lo entendería. Eran otra raza, e indudablemente tenían otras costumbres, otra manera de pensar. O quizá fuera que nosotros, los terrestres, todavía estuviéramos un poco anticuados en ideas, como decía la propia Neyla. Si, esto debía ser.

Pero en resumidas cuentas esto no importaba demasiado. ¿Para qué meterme en preguntas, si por más cuestiones que me plantease todo seguiría siendo lo mismo, sucediendo como debería suceder,

sin cambiar en lo más mínimo?

«No te calientes la cabeza, amigo Rod —medité para mi capote —. Lo importante es que estás vivo, y que has conocido una mujer fenómeno. Sí, fenómeno. Confiesa que, de estar en la Tierra, la hubieras llevado ipso facto hasta el juez. —Y pensando que Neyla podía estar leyéndome los pensamientos en aquel momento, añadí para ella —: Y no me preguntes mañana lo que es en la Tierra un juez, porque no pienso decírtelo. Adivínalo tú misma».

Y me relajé en la cama. Por unos momentos pasó por mi cabeza la imagen de Higgins. Me acordé de que todavía no lo había visto, de que no sabía ni dónde ni cómo estaba, ni nada siquiera de su persona.

Pero en seguida deseché aquellos pensamientos. «¿Para que molestarte pensando —me dije una vez más —si no resolverás nada?» Lo importante era que tenía una comodísima cama para descansar, que estaba vivo, y que me esperaban unos muy bonitos sueños (léase Neyla). De modo que...

Di media vuelta sobre la cama, cerré beatíficamente los ojos, y dejé de preocuparme por las sosas e intrascendentes bagatelas de este picaro mundo.

* * *

La nave espacial, la misma en la que despertara después de creerme ya muerto y torrefacto en el Sol, viajaba a enorme velocidad por entre las innumerables estrellas que nos rodeaban. Y dentro de ella, en la cámara de pilotaje, me encontraba yo. Yo, y Neyla.

Confieso que todavía no me cabía en la cabeza que una mujer como ella pudiera ser el jefe de una expedición de aquella índole. Y menos que todos los hombres que tenía bajo su mando la obedecieran sin rechistar siquiera, como si todo ello fuera la cosa más natural del mundo.

—Los «urkis» tenemos desde siempre la institución de igualdad de sexos entre los miembros de nuestra raza. Para realizar cualquier clase de trabajo, los hombres y mujeres son exactamente iguales.

Ya. ¿Y en cuanto a sus funciones... naturales?

—No seas sarcástico —me respondió ella, sonriéndose abiertamente.

Me rasqué la cabeza. Confieso que me traía loco aquella mujer. No me hacía la menor gracia que pudiera sondear tranquilamente mis pensamientos cuando menos me lo esperara, pero... Recordaba todavía lo sucedido cuando me levantara. Neyla me había dicho como única salutación:

—Te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero no es necesario. Sé lo que es en la Tierra un juez, y para lo que sirve. Pero también sé que para ir a él hay que contar con la opinión de las dos personas interesadas en el asunto. ¿No es cierto?

Era un diablo aquella mujer. Un diablo que me traía de cabeza. Lástima que fuera extraterrestre, y tan superior a mí en tantos conceptos...

—Ahí está Mercurio.

La voz de Neyla me distrajo en mis pensamientos, haciéndome mirar hacia adelante. En efecto, allí delante nuestro, a través del enorme ventanal de la nave, un punto luminoso se agrandaba por momentos. Sí, era Mercurio. Desde el ángulo en que lo veíamos, parecía una media luna en cuarto menguante. Pensé que aquél era nuestro destino hacia tan sólo... ¿cuántos días? Eran pocos, muy pocos, pero había perdido ya la noción del tiempo. No podía precisarlos. Pero sabía que eran los que separaban a un hombre de la muerte a la vida.

La nave empezó a describir una suave curva, como si quisiera dirigirse hacia el cercano Sol, dejando el planeta un poco a su izquierda. Neyla me informo:

—Debemos descender sobre el punto cero de las

coordenadas de luz del planeta. Ahí se encuentra la avanzadilla de los «whondaks» (1[6]).

La nave prosiguió su avance, hasta que el planeta se nos presentó a nuestra izquierda, perceptiblemente en luna llena. Entonces la nave volvió a variar su rumbo, enfilándolo directamente.

Según me había comunicado Neyla anteriormente, la operación que íbamos a realizar seria una cosa simple y segura, largamente estudiada y fácil de realizar. Sencillamente, se trataría de arrojar nuestras bombas-proyectiles de frío contra el lugar de la superficie del planeta donde estaban los «whondaks» para eliminarlos, lanzar después un par o tres de destructivas para destruir sus aparatos, y contemplar después los resultados de nuestra acción. Luego dar

media vuelta, volver cola al planeta, y regresar a la base espacial. Nada más. Todo muy simple, muy sencillo y muy seguro.

Pero yo no estaba tan convencido de ello.

Mercurio iba agrandándose ante nosotros, ocupando cada vez más espacio frente a la nave. El encargado de verificar y corregir constantemente el rumbo hasta la más mínima milésima (no sé que cargo ni nombre le daban allí, ya que no entendía nada de lo que decían) iba dando constantemente sus indicaciones, que eran recogidas atentamente por el piloto. Cada vez nos íbamos acercando más al planeta...

De repente, el hombre dio una voz. Los demás, los sentados ante los tableros de control de la nave, empezaron a mover palancas. A medida que lo hacían, iban dando sus informaciones. Al final, el planeta se inmovilizó ante nosotros. La nave se había detenido.

—Hemos llegado al punto preciso —me informó Neyla.

Los hombres y mujeres que ocupaban la cabina empezaron a moverse de un lado para otro. Las órdenes cruzaban tajantes el espacio. Me rasqué la cabeza. En verdad, nunca hubiera creído que una nave, aún de las características de aquélla, necesitara tanto control para su manejo.

—Atención —me dijo Neyla —. Vamos a lanzar las bombas.

Observé hacia adelante. En la cabina sonó una tajante y decisiva voz. Y al instante, de la parte delantera de la nave empezaron a salir grandes y rojas llamaradas, que se dirigieron raudamente en dirección al planeta que teníamos ante nuestras narices.

Observé fijamente aquellas llamaradas. Según explicaciones amables, gentiles y detalladas de Neyla, que no reproduzco textualmente porque ocuparían demasiado espacio y por ser todas ellas demasiado áridas, técnicas e ininteligibles para una mente terrestre, aquellas bombas-proyectiles contenían una substancia, desconocida en la Tierra y en todos los mundos del Sistema Solar, que tenía la virtud de producir frío en altísima intensidad, más de un millón de grados negativos. Sé que parecerá absurda esta cifra, pero es real. Yo pude comprobarla. Y que no me digan nada los científicos de la Tierra sobre los límites del cero absoluto, porque les contestaré que esto son paparruchadas. Yo también creía en ellas, lo confieso, pero después de oír las explicaciones de Neyla se me fueron todas al agua. Y sólo pude llegar a una conclusión: que las

teorías físicas que rigen la Tierra no son universales, sino solamente aplicables a nuestro planeta, y de todos los terrestres que somos unos ignorantes de tomo y lomo. Y si no, que se lo pregunten a un «urki».

Pero volvamos a lo nuestro. Como iba diciendo, aquellas bombas, por no sé qué serie de reacciones, producían un frío intensísimo, de más de un millón de grados bajo cero. Y como se comprenderá, no hay «whondak» que resista esta temperatura, lleve o no protección metálica. De modo que nuestros amigos de fuego estaban fistos después de aquella andanada.

Las lenguas de fuego, estela que dejaban tras sí las bombas-proyectiles, iban sucediéndose unas a otras, volando raudamente hacia el planeta. Allá abajo, en su superficie, las primeras empezarían a hacer su efecto. Todo parecía ir como sobre ruedas. Pero de pronto…

Uno de los hombres se puso a gritar algo que no entendí, señalando hacia adelante a través del visor de la nave. Todos los allí presentes miraron en aquella dirección. Neyla también, y yo lo mismo. Oteamos el espacio con nuestros ojos…

Confieso que, al principio, no vi nada anormal. Por eso pregunté a Neyla:

—¿Qué diablos pasa?

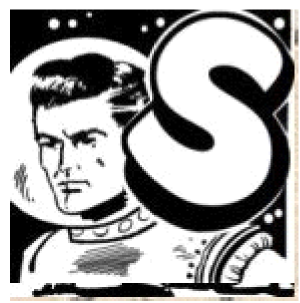
Ella parecía estar muy enfrascada en su observación, de modo que no me contestó, limitándose a señalarme con precisión qué era lo que había motivado la alarma.

Y entonces sí me alarmé yo.

Porque, proveniendo del planeta que teníamos ante nosotros, una gran nube de pelotas metálicas acudían a nuestro encuentro, a enorme velocidad. ¡Los «whondaks» habían pasado al ataque!

CAPÍTULO IX

LUCHA EN LOS REACTORES



UPONGO que algo parecido a esto debió de gritar Neyla al percatarse de lo que se nos venía encima:

—¡Varíen el ángulo de lanzamiento de las bombas de frío!

Su orden fue cumplida rápidamente. Las líneas de las estelas de fuego marcharon en otra dirección, yendo a converger en el lugar donde se encontraba el pelotón de «whondaks». Empezaron a hacer explosión entre ellos. Y pronto empezaron a divisarse esferas metálicas detenidas en medio del espacio, a la deriva, inmóviles, muertas.

¡Pero un gran número de ellas todavía seguía avanzando hacia nosotros!

Neyla volvió a dar órdenes, y el fuego se intensificó. El lugar donde estaban los «whondaks» se vio invadido de explosiones.

—¿Crees que los contendremos? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, son muchos. Sin duda se han apercibido de nuestro ataque y han tenido tiempo de escapar del planeta.

—Piensan atacamos, ¿verdad?

—Sí, pero poca cosa podrán hacer contra nosotros. Su temperatura de ataque no es lo suficientemente alta como para eso.

Asentí. Recordaba lo sucedido en la base espacial, cuando presenciara por primera vez el ataque «whondak». Aquello me tranquilizaba. No, indudablemente no podían hacernos nada.

Entonces no sabía todavía lo que iba a ocurrir.

—Lo único que sucede — me dijo Neyla —es que no hemos

podido eliminarlos a todos. Pero esto es sólo una característica secundaria de nuestro plan. Nuestro principal objetivo, destruir sus instrumentos y sus máquinas de ataque, habrá sido cumplido. Esta parte de Mercurio volverá a ser ahora una superficie plana, desértica, sin ningún accidente.

—Sí, me lo supongo.

En aquel momento, los supervivientes de los «whondaks», un quince por ciento, que habían proseguido su camino hacia la nave a pesar del fuego a que se les sometía, llegaban ya a ella. Desaparecieron raudamente por un lado de la misma. Neyla sonrió.

—Sin duda buscan la esclusa de entrada para pegarse a ella. Son más imbéciles de lo que creía.

Pero en este punto estaba equivocada. Y nos lo hizo saber la comunicación de uno de los pilotos, advirtiendo a Neyla con unas palabras de lo que sucedía. ¡Nada menos que los «whondaks» se habían metido en las toberas de la nave, obstruyéndolas!

—Los he juzgado mal — tuvo que reconocer Neyla —. Son mucho más inteligentes de lo que parece a simple vista.

Asentí. En efecto, aquello demostraba que llevaban ya un plan premeditado. Metiéndose en las toberas, obstaculizando el paso a los chorros impulsores, impedían que hiciéramos el menor movimiento. Si intentábamos abrir éstos, la presión haría que estallaran, y los «whondaks» quedarían tan campantes. A ellos no les afectaba nada salvo el frío.

¡El frío, claro!

Me volví hacia Neyla.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé, Rod —se encogió de hombros —. Las toberas están fuera de nuestro alcance, no podemos alcanzarlas con nuestras ondas de frío. Y no podemos movemos, so pena de hacer estallar inútilmente los reactores.

—Pero ellos no pueden hacer nada contra nosotros, ¿verdad?

—No, pero con estar aquí ya es bastante. Pueden tenemos inmovilizados horas enteras, días incluso.

Me pasé una mano por la cara.

—Oye, Neyla. He estado pensando y... Recuerdo que tú dijiste en una ocasión que tenéis armamento de bombas de frío, fusiles de frío y pistolas de frío incluso, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Y también trajes espaciales construidos por este metal que resiste la temperatura de los «whondaks», ¿no?

Una nueva afirmación.

—Bien. He estado pensando que quizás un hombre, protegido por uno de esos trajes, y armado con una pistola o un rifle de frío, saliendo al exterior de la nave y dirigiéndose hacia las toberas, podría eliminar a los «whondaks» que hay allí. ¿No te parece?

Neyla quedó unos momentos pensativa. Luego, y por tercera vez, asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Rod. Creo que es una muy buena idea. Voy a buscar un voluntario para esta misión.

Y ya se iba, cuando la detuve agarrándola por un brazo.

—Un momento, Neyla. Creo que ya tienes este voluntario.

Se volvió en redondo, y se me quedó mirando como quien ve visiones.

—¿Tú?

—¡Ajá! Al fin y al cabo, la idea ha sido mía, ¿no? Además, de algún modo he de pagar el que me salvarais la vida al rescatarme del «Meteor 24». Por otra parte, ya me estoy aburriendo de no ser más que un simple mirón.

—Pero es que la misión es peligrosa.

—¿Y qué? ¿Acaso no seguiría siendo peligrosa si en vez de yo fuera otro quien la llevara a cabo?

Neyla dudó unos momentos antes de contestar. Al cabo, hizo un gesto de impotencia.

—Está bien —dijo—. Si tú lo deseas así...

Asentí. Sí, así lo deseaba. Estaba muriéndome por ver de una vez a aquellos malditos «whondaks» de cerca.

* * *

El traje espacial que empleaban los «urkis» era muy diferente de los que usábamos nosotros, los terrestres. Más liviano, más cómodo, más seguro... y con muchos más aparatos de control que los nuestros.

En pocos minutos me habitué con su funcionamiento, así como al del fusil y la pistola de frío. Me coloqué esta última en el cinturón, al estilo Far-West, y me pasé el rifle a la espalda, colgándomelo en

bandolera. Hecho esto, ya estaba listo para salir.

—Suerte, cabezota — me dijo Neyla, lanzándome un beso con la punta de los dedos.

Sonreí, devolviéndoselo. Me dije que cuando regresara, no me conformaría con la mediación de las manos; soy persona que le gusta ir al grano. Comprobé los controles de oxígeno, de calefacción y de cierre hermético, y me metí por la escotilla que conducía a la cámara estanca.

Pocos minutos después estaba en el exterior. Las estrellas presentaban un brillo desusado, muy diferente al que se aprecia desde la Tierra, y allá al frente, ocupando casi todo el horizonte visible, el enorme disco de Mercurio.

Me orienté, buscando los reactores. Allá delante tenía Mercurio. Luego, mi objeto, estaba detrás. Di media vuelta, y me encaminé hacia allí. Solté el rifle, colocándomelo en las manos y quitándole el seguro. Era mejor empezar a prevenirme.

Pronto llegué a las toberas. Puse en funcionamiento el atractor magnético, que impediría que me despegara demasiado de la nave, y solté mis zapatos de la superficie. Así, flotando suavemente, di media vuelta sobre sí mismo, hacia abajo, y asomé la cabeza por la boca del primer reactor.

Sí, allí estaban. Redondos, metálicos, apretujados entre sí, unos contra otros, formando como un tapón en la boca del reactor que impediría la expansión de los gases. ¡Condenados bichos! Eran más inteligentes de lo que parecía.

Apreté el fusil entre mis manos, apuntando con precisión al centro de la masa. No vacilé ni un segundo; oprimí el botón del gatillo, y disparé.

Los resultados no se hicieron esperar. Del fusil salió una chispa, y luego un fogonazo. Una estela como de fuego surgió de su boca, y se dirigió rectamente hacia la masa de «whondaks». Y allí, en medio de ellos, estalló.

No fue un estallido como los de las balas normales ni explosiones. Me recordó el estallido de uno de aquellos cohetes pirotécnicos de antaño, aquellos que estallaban en el cielo con una luz blanca, incolora. Así sucedió. No hubo ni explosión, ni humo, ni nada. Y los «whondaks» parecieron seguir tan campantes después del disparo.

—No es eso, Rod —me llegó la voz de Neyla a través de la radio

del casco —. Parecen así, pero en realidad la mayoría están muertos. Tan sólo queda su envoltura exterior, su traje espacial. Acércate a ellos, y verás como obedecen a la presión de tus manos cuando intentes apartarlos.

Asentí. Muy bien, eso haría. Anduve hacia adelante por el interior del reactor, hasta llegar a la barrera de «whondaks». Los contemplé. ¡Cielos, aquellas esferas no se parecían en nada a criaturas vivientes!

Alargué una mano, dando un golpe a la primera esfera que tenía ante mí. Se apartó, blandamente, como si no hubiera nada en su interior que ejerciera fuerza contraria. Y en efecto, nada había.

—Hunde tu cuchillo en ella —me dijo Neyla a través de la radio. En aquella ocasión, el que pudiera leer mis pensamientos me iba de perlas —. Verás como no hay nada dentro de él.

Volví a asentir, tomando de mi cinturón el cuchillo electrónico, encendiéndolo y acercándolo al «whondak» que tenía ante mí. Le di una cuchillada, notando como el metal no ofrecía la menor resistencia al corte electrónico del cuchillo. Y dentro no había nada.

Empecé a limpiar aquel reactor, golpeando a los «whondaks» muertos que tenía ante mí y apartándolos de la línea de escape de los gases. Cuando hubiera terminado con aquel reactor me las entendería con otro, y otro, y otro... así hasta terminar con los seis de que estaba dotada la nave. Sería una tarea un poco larga quizá, pero...

Me interrumpí al advertir que la débil luz que me llegaba de las estrellas, a través de la boca del reactor, se interrumpía. Di media vuelta. ¡Cielos, infinidad de «whondaks» se encontraban en la entrada! ¡Y avanzaban hacia mí!

Apresté el fusil, dispuesto a disparar. Los «whondaks» se encontraban ya a poca distancia de mí...

—¡No dispares, Rod! —me llegó alarmada la voz de Neyla —. ¡A tan poca distancia no dispares! ¡Podría ser fatal para ti!

Maldije por lo bajo. ¡Cielos, la chica tenía razón!

¡A tan poca distancia, la onda de frío de la bala me alcanzaría a mí, y con toda su potencia apenas disminuida! ¡No podía hacer nada, y los «whondaks» estaban ya sobre mí!

Recibí un fuerte golpe en el pecho cuando uno de ellos, a toda carga, se lanzó contra mí. Perdí el equilibrio y rodé por el curvo suelo. Tuve suerte de que tenía conectado el atractor magnético, y

ello impidió que rebotara. En mi caída tuve la desgracia de perder el fusil. Con todo, en aquellas circunstancias no me hubiera sido de mucha ayuda.

Recordé el cuchillo electrónico, que había vuelto a colocar en su vaina. Era mi única salvación. Lo saqué de nuevo, aprestándolo para su funcionamiento. Un «whondak» se lanzaba en aquellos momentos impetuosamente contra mí. Lancé el cuchillo hacia adelante, y tuve la satisfacción de notar cómo hendía el metal al igual que si fuera mantequilla. Tuve el ramalazo de la visión de algo como si fuera fuego dentro de la esfera. Luego, casi inmediatamente, un chispazo, y después nada. El fuego se había apagado. Y con él, el «whondak» había muerto.

Los restantes «whondaks» me atacaban por todos lados. Sabía lo que sucedería si me cogían entre muchos, rodeándome por todos lados y apretando con toda su presión. La coraza de un traje espacial no es lo mismo que la de una nave. Me aplastarían entre ellos. Y yo no tenía intención de convertirme en oblea.

Miré hacia el interior del reactor. Allí se veían numerosas esferas de «whondaks», algunos vivos, la mayoría muertos. El dique viviente que habían formado para bloquearlo estaba deshecho. Llamé urgentemente a Neyla, dándole una orden: poner en funcionamiento inmediatamente aquel reactor. Y mis deseos fueron prestamente cumplidos.

De súbito, pareció estallar el infierno en aquel lugar. Del fondo del reactor empezaron a salir llamas, al tiempo que el metal vibraba espantosamente a mi alrededor. No oía ningún ruido, ya que me encontraba en el vacío, pero prejuzgaba que éste debía de ser espantosamente fuerte. Sentí cómo una fuerza poderosa tiraba de mí hacia fuera, arrollándome como en una vorágine, y sin saberlo casi me encontré en medio del espacio, a una regular distancia de la nave. Suspiré. Sabía que ocurriría aquello, y por ese mismo motivo había pedido a Neyla que pusiera en marcha el reactor. La fuerza de empuje del mismo me arrojaría fuera, librándome de los «whondaks», y mi traje espacial me protegería del intenso calor de las llamas. Y así había sucedido. Volvía a tener libertad de movimientos para enfrentarme con mis enemigos.

Empuñé la pistola de frío, dispuesto a seguir la limpieza. Empecé a disparar a mi alrededor, contra los reactores... sin preocuparme

siquiera de averiguar los resultados. Agoté todo el cargador y volví a colocar otro, siguiendo en mi tarea. Las esferas metálicas, residuos de «whondaks» muertos, flotaban a mi alrededor por todas partes…

Media hora larga duró la limpieza. Luego, Neyla me comunicó desde la nave que los reactores estaban otra vez en disposición de funcionar. Mi misión en el exterior había sido cumplida. Por lo tanto, di media vuelta y regresé a la escotilla.

Dentro me esperaba Neyla. Se acercó a mí, me felicitó, se empinó sobre la punta de los pies… y me besó suavemente en la boca. Miré a mi alrededor. Estábamos rodeados de personas; si no, nada la hubiera salvado de que le contestara entusiásticamente de la misma forma a su demostración de… de lo que fuera. Pero hube de aguantarme. ¡Hay tantas cosas en el mundo que se desean y no se pueden realizar!…

Capítulo X

UNA REACCIÓN DE FRÍO EN CADENA



ESPUÉS de hacer una visita reglamentaria a Mercurio, comprobando que todos los aparatos y dispositivos de los «whondaks» habían sido destruidos, circunstancia que aproveché yo para darle un vistazo al planeta, de acuerdo con lo que quisiera Míster Brondowiitch (1[7]), volvimos en la nave a la base espacial. La primera parte de nuestra misión, la de los «urkis», naturalmente, estaba cumplida.

En la base nos aguardaba una sorpresa. Los «whondaks» habían vuelto a realizar un ataque. Pero esta vez no eran pocos, sino todo un ejército de miles de seres. Habían intentado meterse en el interior de la base por los gigantescos reactores de impulsión directa, por los sistemas de oxigenación y arrojo de desperdicios... Por suerte no lo habían conseguido, y de ello quedaba constancia en las innúmeras esferas metálicas que flotaban alrededor de la inmensa base.

Pero aquello demostraba claramente una cosa: que los «pelotas» se iban volviendo inteligentes con el trato humano, y que empezaban a discurrir con la cabeza, si es que realmente tenían algo que pudiera parecerse a una cabeza. De modo que había que ir rápido, si no queríamos pillamos los dedos antes de tiempo. Era cuestión de terminar cuanto antes.

—Debemos actuar lo más rápidamente posible —me dijo Neyla —. Pero se nos presenta una dificultad: los «whondaks» han demostrado que pueden meterse en los reactores de una nave y

bloqueárselos. Si la nave se encuentra al pairo no sucede nada, pero si se encuentra en pleno funcionamiento… Ya comprendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Sí, lo comprendía.

—¿Cómo pensáis destruir a los «whondaks»? —pregunté, recordando que la vez anterior había soslayado la pregunta.

Ella se encogió de hombros.

—De un modo muy sencillo: apagando el Sol.

Confieso que me lo esperaba todo. Todo, menos aquello.

—¡ ¿Qué? !

—¿También te extraña? —sonrió —. Comprendo, tú no estás familiarizado con estas cosas. El Sol, como astro incandescente, tiene una temperatura determinada. Si nosotros le hacemos disminuir esta temperatura, el Sol pasará a ser un astro frió. Y los «whondaks» no pueden sobrevivir en el interior de un astro frío.

Asentí. Sí, claro, pero aquello de apagar el Sol…

—Es algo muy fácil —me dijo —. Si hacemos estallar una bomba de frío en cadena en su núcleo, su estallido provocará una reacción que se extenderá por todo el planeta. Y esta reacción de frío en cadena provocará un súbito descenso de temperatura en todo el astro, que lo convertirá de repente en un astro frío. Claro que esta bomba ha de estallar en el centro mismo del núcleo, en el punto medio exacto de la masa del planeta, ya que en otras condiciones sus efectos motivarían un desequilibrio brusco de sus movimientos espaciales y de su masa, con efectos catastróficos.

—Ya, pero esto presupone matar al Sol. Y si matáis el Sol, la Tierra perecerá igualmente.

—No, Rod. Nosotros no mataremos al Sol. Simplemente, lo apagaremos por unas horas las suficientes para terminar con los «whondaks». Luego, una bomba de calor en cadena volverá al Sol a su antiguo estado. Será la misma reacción que antes, pero a la inversa. ¿Comprendes?

Asentí. Comprendía, pero no acababa de entenderlo. Me parecía imposible. El Sol es un astro demasiado grande como para encenderlo y apagarlo como si fuera una cerilla.

Neyla se rió.

—Vosotros, los terrestres —dijo —, estáis algo más atrasados científicamente que nosotros. Por eso os parecen cosas imposibles

todo esto.

Asentí. Sí, estábamos algo más atrasados. ¡Pero diablos, nosotros no teníamos tantas preocupaciones!

* * *

A mi regreso a la nave después de lo de Mercurio, fue cuando pude ver por primera vez de nuevo a Higgins. Confieso que, con los últimos ajetreos, me había olvidado completamente de él. Se encontraba igual que siempre, tan callado y reservado como antes. Indudablemente le habían puesto al corriente de todo, pues no se asombraba de nada de lo que le rodeaba. Estuvimos un rato charlando, aunque el único que habló casi fui yo todo el tiempo. Le expliqué lo de los «whondaks«, lo sucedido en Mercurio...

—¿Qué te parece? —dije luego.

Como siempre, se encogió de hombros, limitando a esto toda su opinión. El tipo era muy callado.

Yo recordaba todavía las reminiscencias de mi última conversación con Neyla, y esto hacía que una idea me bailara por la cabeza. Recordaba que le había formulado la pregunta de quién sería el encargado de «apagar el Sol», como decía ella.

—Todavía no está decidido —me había contestado —. La misión es peligrosa, y no podemos obligar a nadie a que vaya. Será una cosa voluntaria: quien quiera ir, que lo diga.

Aquello hacía que la conciencia no se me estuviera quieta ni un solo instante. Pensaba en que aquellos hombres y mujeres se arriesgaban por nosotros, por los terrestres, sin esperar de lo que hacían ningún beneficio, ninguna gratitud, ya que nosotros ni siquiera conocíamos su existencia. ¿Estaba bien aquello? ¿Estaba bien que ellos se arriesgaran, mientras nosotros nos quedábamos allí, tan frescos?

Se lo planteé a Higgins. Consideraba que mi deber era ofrecerme para aquella misión. Si él quería secundarme, se lo agradecería. Si no, no le reprocharía nada. No tenía ninguna obligación de hacerlo.

—No seas idiota —me contestó. Gastaba pocas palabras, pero contundentes —. Sabes que diré que sí. Entonces ¿por qué lo preguntas?

—Porque esto puede ser peligroso. Y conviene que lo sepas.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué? Al fin y al cabo, nosotros ya estamos muertos.

De modo que me fui a ver a Neyla sin perder un minuto, y le planteé la cuestión. Nosotros, Higgins y yo, seríamos los que iríamos a soplarle un poco al Sol, a ver si se apagaba.

—¿Pero estás loco? —fue su respuesta. ¿Qué es lo que quieres, matarte?

Moví la cabeza de un lado para otro, en gesto universal de «no».

—Estás equivocada, Neyla. Es… digámoslo la llamada de la conciencia. Yo soy terrestre, Higgins también. El asunto va con nosotros, ¿no? Pues es a nosotros, por lo tanto, a quienes les corresponde romperles los hocicos a estos «pelotas». Siempre que los «pelotas» tengan hocicos, claro.

—¡Pero es que esto es peligroso! ¡Puede surgir cualquier contratiempo!

—Ya lo sé. Pero dime, ¿acaso dejaría de ser peligroso si en vez de nosotros fuera algún otro urki?

Neyla bajó la cabeza, y dijo que no.

—¿Lo ves? Higgins mismo, tan calladito él, ha puesto una comparación que lo dice todo. A estas horas, nosotros deberíamos estar muertos. Gracias a vosotros, en cambio, todavía vivimos, comemos y respiramos. ¿No es eso un regalo? Estamos viviendo gratis. Además, nosotros estábamos condenados a meternos en el Sol, quisiéramos o no. Ahora ya no lo estamos. Pero esto no quiere decir que no nos haya quedado un resabio de ver como es por dentro. ¿Qué te parece?

Meneó la cabeza.

—No lo sé, Rod. Eres un loco. Pero un loco único.

Agradecí el cumplido con una inclinación de cabeza, y soplé un par de reniegos por lo bajo ante la imposibilidad de estar solos siquiera un momento ella y yo. ¡En fin, qué le íbamos a hacer!

—Entonces… ¿decidido?

Hizo un gesto ambiguo con los hombros.

—Lo siento, Rod, pero en estos casos no soy yo quien tiene que decidir, sino el consejo. Lo reuniré y le expondré la situación. Él decidirá.

Miré fijamente sus labios, sus rojos y bonitos labios que se movían tan encantadoramente al hablar, y suspiré. La vida nos pone en cada aprieto…

—Está bien — dije resignándome —Vamos a ver al consejo.

* * *

El consejo lo constituían una veintena de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, guapos y feos... Neyla les explicó el caso, en su lengua, naturalmente, y ellos se pusieron a deliberar entre sí. Deliberaron lo menos media hora. Algunos se oponían, diciendo que nosotros éramos extranjeros y que no debíamos inmiscuimos en los asuntos del pueblo «urki», mientras otros se colocaban a nuestro favor, diciendo que estábamos en nuestro derecho y que no podían decir que no. Algunos argüían el que nosotros no sabíamos el manejo de los aparatos y las naves «urkis», argumento que rebatían los otros diciendo que la nave que se había construido para esta misión era distinta de las demás, y que cualquier «urki» se encontraría en el mismo caso que nosotros. Neyla, a mi lado, me iba poniendo al corriente de las alternativas del debate. Al fin, cuando ya todos debían de tener la boca como un estropajo de tanto hablar, gritar y discutir, parecieron llegar a un acuerdo, quizá por agotamiento colectivo. Uno de ellos, probablemente el jefe del consejo, se puso en pie y le dijo algo a Neyla.

—No sé si felicitarte o compadecerte —me dijo ella entonces, volviéndose hacia mí —- El consejo acepta tu propuesta. Tú y tu amigo seréis los encargados de realizar la misión.

Sonreí.

—Felicítame, encanto —le dije —. Pero preferirla que fuera a solas. Soy muy tímido, y me molesta la gente.

Ella también sonrió. Y se limitó a responder:

—Ya lo sé.

Con lo cual me quedé como antes: locamente perdido por ella.

* * *

La nave que teníamos ante nosotros era un soberbio aparato, mucho mayor que el otro en el que despertáramos por primera vez Higgins y yo. Su manejo era verdaderamente complicado para nosotros, y tuvimos que pasamos horas y horas ante sus mandos antes de poder llegar a comprender su total funcionamiento. Contra todas las astronaves terrestres, que pueden ser manejadas por un

solo hombre, las astronaves «urkis» necesitaban al menos cinco para su manejo.

—Pero ésta es una nave algo especial — nos dijo Neyla—. En previsión de la misión que debe realizar, hemos refundido muchos mandos, haciendo que una sola persona pueda llevarla sin demasiado esfuerzo. Creo que os podréis entender bien con ella.

Dije que sí, que yo también lo creía. Si ella me lo decía, era capaz de entenderme con el mismísimo diablo. Con la particularidad de que el diablo no saldría demasiado beneficiado de este entendimiento.

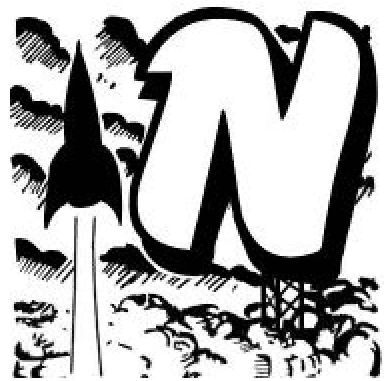
Durante horas enteras fuimos Higgins y yo ensayando los mandos, comprobando la ruta que deberíamos seguir, compulsando datos… Neyla nos dijo lo que teníamos que hacer: la nave sería guiada por control remoto hasta las inmediaciones del Sol. Una vez allí, los mandos pasarían a nuestras manos, encargándonos nosotros del resto. Un aparato especial, el «no sé qué», su nombre «urki» es demasiado complicado para poder transcribirlo aquí, nos indicaría constantemente la distancia que nos separaba del centro del núcleo del Sol, y el ángulo de desviación de esta distancia. Una vez estuviéramos en él, o sea, una vez que el aparatito indicara la cifra cero, deberíamos soltar la bomba, ponerla en disposición de ser disparada y dejarla allí. Luego, seguir nuestro camino a la inversa, y salir pitando de aquel lugar. Si la bomba estallaba cuando nosotros todavía estuviéramos en el interior del Sol estábamos fritos. La reacción del frío en cadena tan sólo duraría unos minutos, y la materia, sea cual sea, se retrae al solidificarse. En consecuencia, si el estallido de la bomba nos pillaba dentro, moriríamos hechos oblea. Lo cual no es una muerte muy agradable. Al menos para mí.

Fue pasando el tiempo. Nuestros conocimientos en el manejo de la nave iban aumentando considerablemente, hasta que pudimos damos mutuamente el nombre de expertos. Todo estaba ya listo para partir.

Y así, el día 23 de febrero del año 2014, desde una base espacial extraterrestre, Higgins y yo nos preparamos para una misión que iba a ser la salvación del mundo : apagar el Sol.

Capítulo XI

EL SOL EXTINTO



UNCA me han gustado las despedidas, y mucho menos aquellas en las que no se sabe si se va a volver. Cuando estábamos ya dispuestos para emprender nuestra misión, Neyla vino hasta nosotros. Se acercó y nos tendió las manos.

—Buena suerte, paladines —nos dijo —. Estamos con vosotros.

Estrechó fuertemente la mano de Higgins, se empinó nuevamente sobre la punta de sus pies, y me dio, al igual que la vez anterior, un beso. Solo que esta vez no fue tan corto ni tan suave. De lo cual me alegré.

—Suerte —volvió a repetir en un susurro, dirigiéndose a mí —. Piensa en mí.

—Y en el juez —respondí —. Recuérdalo también.

Ella movió la cabeza, y sonrió.

—Lo siento, pero en nuestro planeta no existen los jueces.

Y salió.

Suspiré. Y entonces, a mi lado, Higgins hizo un comentario del que nunca le hubiera creído capaz, teniendo en cuenta su particular modo de ser:

—Una gran chica —dijo —. Como para casarse con ella inmediatamente. Lástima que sea de tu exclusiva propiedad...

Si no le aticé un puñetazo en las narices no fue por falta de ganas precisamente.

Nos metimos dentro de la nave y nos dirigimos a la amplia

cámara de control. En ella, a un lado, se encontraba una pantalla semejante a las de televisión terrestre. Y enmarcado en su rectángulo luminoso, el rostro de Neyla.

—Buena suerte —nos deseó una vez más.

Instantáneamente percibimos una vibración en la estructura de la nave, demostrativa de que empezábamos a movemos. A través de los grandes ventanales de los visores de proa, pudimos ver cómo las paredes del hangar iban deslizándose a nuestros lados, a medida que avanzábamos hacia la compuerta de salida. Pronto nos encontramos en mitad del espacio...

No voy a relatar todos los pormenores del viaje. Sólo diré que fue breve, muy breve. La nave debía de llevar una buena velocidad. Al llegar a las cercanías del Sol, tanto Higgins como yo nos colocamos las gafas especiales de nuestro equipo, mediante las cuales podríamos soportar la intensísima luminosidad del astro. Ante nosotros, el Sol se agrandaba por momentos, ocupando cada vez mayor horizonte. A medida que avanzábamos, podíamos apreciar mayores detalles de su estructura...

Recuerdo que varios y variados pensamientos acudieron en aquellos momentos a mi cabeza. Me imaginé nuestro anterior viaje, con el «Meteor 24». ¿Habríamos llegado tan cerca? ¡Cuánta diferencia había entre los dos! En el primero, habíamos permanecido en el interior de una cabina cerrada, oscura, sin ningún contacto con el exterior. En cambio, ahora…

Miré hacia el disco luminoso. Allí estaban los «whondaks». Más de diez mil billones, según había dicho Neyla. Viviendo perfectamente en aquel mar de fuego. ¿No les afectaría a la vista la intensa luminosidad del Sol?

Sonreí ante mi propia pregunta. ¡La vista! ¿Sabía acaso si los «whondaks» tenían o no vista? ¡Cielos, es que ni siquiera sabía nada de ellos! Ni si tenían vista, ni oídos, ni olfato, ni boca, ni qué método de intercomunicación empleaban...

Es muy fácil todo ello —me dijo Neyla a través de la pantalla. Sin duda, las mujeres son así de curiosas; había estado leyendo mis pensamientos —. Los «whondaks» no tienen ojos, ni oídos, ni boca... nada. Se comunican, ven y oyen mediante impulsos calóricos. Es lo único que tienen a mano y de lo que sé pueden servir.

Gruñí algo. Sí, indudablemente Neyla tenía razón. Pero a mí no

me hacía la menor gracia. Bolas de fuego, simples y vulgares bolas de fuego, con la sana intención de destruir la Tierra. ¡Uf!

—Estamos llegando a la cromosfera —informó Higgins.

Nos aplicamos a los mandos. Desde la base nos pasaron el control de la nave, y empezamos a dirigirla personalmente. Por la pantalla nos llegó la última palabra de Neyla:

—Suerte.

Después, la pantalla se apagó.

El Sol, desbordaba ya nuestro horizonte visual, ocupando todo lo que podían percibir nuestros ojos. Los cristales-filtros que llevábamos paliaban su luminosidad, haciéndola medianamente soportable. Ante nuestros ojos, el Sol tenía un color rojizo, de sangre diluida. No se veía rastro alguno de «whondaks». Higgins gruñó:

—¿Dónde diablos están esos condenados habitantes?

No contesté. En realidad, pensaba, no podríamos ver a los «whondaks» allí, ya que, por ser igualmente seres de fuego, se confundirían con el fondo del Sol. Pero aquello no me preocupaba. Mientras no nos hicieran una mala jugada...

Llegamos a la superficie del Sol, sin disminuir en lo más mínimo nuestra marcha. El indicador de temperatura marcó seis mil grados. Luego fue ascendiendo: siete mil, ocho, diez, veinte, cincuenta... A medida que íbamos penetrando en su masa, la temperatura aumentaba. El indicador que nos marcaba la distancia del punto cero del núcleo también iba variando, descendiendo en cantidad. Pasamos la cromosfera y llegamos a la fotosfera, también en estado gaseoso. Sabíamos que estábamos dentro del sol, metidos totalmente en su interior, pero no sentíamos ninguna sensación rara. A nuestro alrededor, por todas partes, fuego. Torbellinos, corrientes... No podía comprender cómo estábamos allí, tan tranquilos, sin apenas sentir el calor, sin que las paredes de la nave se pusieran al rojo y se derritieran. Pero la verdad es que nada de esto sucedía. ¡Y nosotros nos íbamos metiendo cada vez más en el interior del astro!

La temperatura exterior era en aquellos momentos de ochenta mil grados, una cifra realmente inconcebible para cualquier terrestre. Y el indicador iba aumentando continuamente...

De repente, Higgins gritó:

—¡Rod, mira!

Aquellas palabras me sacaron de mi abstracción. Mi compañero

señalaba hacia adelante, mostrándome algo. Miré, y...

¡Cielos, allí estaban los «whondaks»!

Se distinguían del resto de la masa del Sol como puntos brillantes, de un brillo cegador a pesar de los cristales-filtros. Al contrario del Sol, que era materia vaporizada, pero materia al fin, ellos eran fuego, energía pura. Por eso se distinguían claramente del resto de la masa que los rodeaba. Y entonces comprendí por qué en la superficie del Sol no se veía a ninguno. ¡Todos ellos vivían en el interior del Sol, dentro de su masa!

Y era natural. Ya que ellos necesitaban del máximo de calor para vivir, no iban a permanecer en la superficie, donde la energía calórica era mínima, sino en su interior, donde aumentaba considerablemente infiltrándoles nueva vida.

Volví a mirar hacia adelante. En efecto, allí estaban. Por centenares, a miles. Sin ninguna clase de protección, sin trajes espaciales, sin defensas. Allí, los «whondaks» estaban en su elemento.

—Conecta las ondas graduadas de frío en la superficie —le dije a Higgins.

Aquél era un dispositivo sumamente práctico en aquellos momentos. Las ondas de frío sumían la superficie de la nave en una temperatura muy inferior al resto. Lo cual impedía que los «whondaks» se acercaran demasiado a ella.

Pero existía un inconveniente. Las ondas de frío cubrían toda la nave, menos un punto: los reactores. Los chorros de los reactores eran calientes, y las ondas de frío quedaban allí neutralizadas. Por allí podían colgarse los «whondaks», y aquél era el punto más vulnerable de la nave. Porque si lograban construir un dique...

—Encárgate de los mandos —dije a Higgins—. Voy al exterior a intentar contener a los «whondaks» en los reactores.

Me vestí apresuradamente el traje espacial, armándome con un par de fusiles y otro par de pistolas de frío, amén de unos cuantos cargadores de repuesto. Nuestra marcha dentro del Sol era forzosamente lenta debido a la resistencia de la masa del astro, y por eso quizá la situación se prolongara demasiado.

Salí al exterior. Esperaba recibir una oleada caliente, algo que me indicara que había abandonado la protección de la nave, pero nada de esto sucedió. El traje espacial era tan resistente y efectivo como

la propia nave.

Avancé a lo largo de la superficie del aparato, mirando a mi alrededor. La masa del sol formaba remolinos ante mis ojos, como el agua del mar en un día de tormenta, hendiéndose al paso de la afilada punta de la nave. Por todas partes, en todas direcciones, se podían ver puntos luminosos. Estábamos rodeados de «whondaks», que no se atrevían a acercarse debido a la protección de las ondas de frío a nuestro alrededor. Pero quedaba el punto débil de los reactores...

Llegué a ellos en el preciso momento en que los «whondaks» se lanzaban hacia allí profiriendo gritos de júbilo, esto de los gritos es un decir, naturalmente. Les obsequié con un par de descargas frigoríficas, y dejé a unos cuantos convertidos en pingüinos. No murieron como mueren los hombres, los animales y las plantas, no. Simplemente, chisporrotearon, y desaparecieron. Se consumieron, se apagaron definitivamente.

Continué disparando, mientras avanzaba. Llegué a los reactores, y me coloqué en el centro, entre los cuatro, en su punto ciego. El calor de ellos no podía hacerme la menor mella, ya lo sabía, pero sí su fuerza de empuje. Recordaba lo de Mercurio, y no quería encontrarme de pronto a veinte leguas de la nave. Desde allí, protegido por la onda de frío de mi propio traje, un último dispositivo instalado por los «urkis» en nuestro beneficio, pude irme divirtiendo en lanzar descargas de frío contra los «whondaks» y viendo cómo chisporroteaban a mi alrededor. Higgins, a través del micrófono del traje, me informó:

—¡Hemos llegado al millón de grados, Rod!

—¡Está bien, sigue adelante!

La luminosidad del Sol, a nuestro alrededor, iba siendo cada vez más débil. Asimismo, no se advertían tanto los gases como antes. Ahora parecía que flotásemos en una masa líquida, algo pastosa, como viscosa, apenas dotada de movimiento. Y en ella, medianamente apercibidos como en medio de una niebla, millones de puntos brillantes: los «whondaks», más numerosos cada vez.

—¡Cielos! —oí gritar a Higgins—. ¿De dónde saldrán tantos bichos? ¡Esto está infernalmente plagado!

En efecto, lo estaba. Y cada vez que avanzábamos más aumentaba su número. Supuse que allí, en el núcleo, que era donde el calor era

más intenso, estarían la mayor cantidad de «whondaks». Y en el centro del mismo estarían tan apretados que no cabría nadie más. Y allí era donde teníamos que colocar el dispositivo que solidificaría y enfriaría el Sol…

—¡Un millón y medio! —informó Higgins.

Moví los brazos, palpando a mi alrededor. Sentía un extraño cosquilleo en el cuerpo, como una comezón. Sonreí. Era el efecto de mi imaginación. No podía hacerme a la idea de que a mi alrededor la temperatura era ésa, y yo estaba allí tan campante, sin sentir nada extraordinario, sin ni siquiera sentir un poquito de calor. La luz, a mi alrededor, era cada vez más débil, y la masa más espesa, más viscosa. Los puntos brillantes de los «whondaks» apenas se veían, teniendo que estar muy cerca de mí para percibirlos. De todos modos, yo seguía disparando, apretando el disparador con una mano y cargando de nuevo las armas con la otra. Los «whondaks» no se acercaban demasiado a mí por mi protección de ondas de frío, y esto me permitía disparar con toda libertad sin temer que el efecto de las balas me afectara seriamente. La nave, mientras, seguía avanzando…

—¡Rod, estamos llegando!

Disparé contra un grupo que se entreveía a mí izquierda, y pregunté:

—¿Cuánto falta?

—Muy poco, unos miles de kilómetros tan solo. ¡La temperatura es aquí de más de dos millones de grados, Rod! ¡Y sigue aumentando por momentos!

Ahora circulábamos por una sustancia enormemente pastosa, como si fuera lava de un volcán en erupción.

Y en cambio, la temperatura era allí más alta que en ninguna otra parte.

La explicación era lógica, y se podía resumir en una sola palabra: presión. La masa que rodeaba el núcleo ejercía enormes presiones contra él, comprimiéndolo. Los materiales que lo formaban eran gaseosos por naturaleza, pero la presión los hacía adoptar la forma de líquidos. Y entre ellos, algunos fragmentos de apariencia sólida: el material que, según informara Neyla, resistía impunemente el calor que lo rodeaba. El metal del que los «whondaks» hacían sus armaduras espaciales contra el frío.

De repente, los chorros que me rodeaban cesaron, indicando que

los reactores habían dejado de funcionar.

Y la voz de Higgins me llegó a través de la radio:

—¡Estamos en el centro del núcleo, Rod! ¡Aquí la temperatura es de dos millones y medio de grados!

Silbé por lo bajo.

—Está bien. La onda de frío de la parte de los reactores está conectada, ¿verdad? Entonces voy para allá.

Cuando hube comprobado que efectivamente la onda de frío de los reactores iba perfectamente, regresé a la escotilla. Infinidad de puntos luminosos, tan cercanos a nosotros como para poderlos ver entre aquella masa que nos rodeaba, nos contemplaban desde todas partes, evidenciando la existencia de miles, millones de ellos por los alrededores. Me desentendí de ellos, y me metí por la escotilla. Dentro, Higgins estaba colocándose el traje espacial. Se pasó una mano por la frente, como secándose el sudor que no tenía.

—Chico —murmuró —, no comprendo cómo hemos podido llegar hasta aquí sin derretirnos. Si el indicador de temperaturas no miente, tendríamos que estar licuados y vaporizados.

—Pero no lo estamos —le contesté —. Anda, vamos a colocarles el regalito a nuestros amigos.

Salimos nuevamente al exterior, y avanzamos a lo largo de la nave. A nuestro alrededor, miles de ojos luminosos nos contemplaban desde lo más cerca que les permitían las ondas de frío. Pero nosotros no les hacíamos caso. Sabíamos que, de momento, no podían hacernos nada. Y eso nos tranquilizaba.

Llegamos al lugar de la nave donde estaba instalado el artefacto que había de hacer el milagro de apagar el Sol. Abrimos la compuerta que lo contenía y lo sacamos al exterior. Lo dejamos sobre la metálica superficie de la nave, y lo contemplamos.

En sí, todo lo parecía menos algo peligroso y de tan devastador efecto. Era un simple cilindro metálico, alargado, estrecho, provisto de dos manillas a ambos lados para agarrarlo y transportarlo de un lado a otro. A primera vista parecía un torpedo de cabeza atómica, aunque sin hélice posterior ni mandos. Simplemente, un cilindro corriente y vulgar, redondeado por las puntas.

—No creo que esto sirva para gran cosa —dijo Higgins por lo bajo —. Se ve demasiado pequeño e inofensivo.

Moví la cabeza.

—También la primera bomba atómica que lanzamos era pequeña, y destruyó toda una ciudad. Anda, vamos.

Agarramos el cilindro y lo levantamos del suelo. Conecté en él la onda de frío que lo protegería de cualquier posible ataque «whondak», y entre ambos lo transportamos a la punta de la nave. Lo centramos, lo dejamos en disposición, y luego le indiqué a Higgins:

—Tú vuelve a la nave y prepárate para la marcha. Yo voy a colocar el dispositivo automático.

Higgins regresó, y yo controlé el dispositivo automático de autoacción. Lo centré para media hora después, tiempo que supuse sería suficiente para que nosotros pudiéramos salir del Sol, si no nos ocurría ningún contratiempo. Regresé a la parte de los reactores, y me coloqué de nuevo en el punto ciego. Cargué los rifles y las pistolas, e indiqué a Higgins:

—Listos. Podemos largarnos cuando quieras.

Al instante, los reactores empezaron a lanzar sus chorros de fuego. Los «whondaks», detenidos hasta entonces por la honda de frío, y que habían estado a la expectativa, se lanzaron hacia adelante. Les disparé un par de balas frigoríficas, y me reí de ellos en sus narices, en el improbable supuesto de que los «whondaks» tengan narices. La nave se puso en marcha, y avanzamos nuevamente. A nuestras espaldas quedaba un pequeño y ál parecer inofensivo cilindro, en el interior del cuál iba contenida la próxima extinción momentánea del Sol. Y a nuestras espaldas también, millones de «whondaks», que contemplarían aquel extraño objeto sin poderse acercar a él, sin poder averiguar qué era, ni lo que contenía, ni cuál era su misión en el astro...

* * *

Nuestro viaje de salida del Sol se realizó sin ningún contratiempo. Los «whondaks» hicieron algunas tentativas de acercarse a la nave, pero fueron rechazados, ya por la onda de frío, ya por mí. Pasamos del núcleo a la fotosfera, después a la cromosfera, y por fin fuera. El Sol volvió a aparecer como un disco rojizo, de color de sangre diluida. Lo habíamos atravesado por completo, de parte a parte, pasando por su centro. Y allí estaba, al otro lado, igual que siempre.

Pero entonces...

No habíamos tenido apenas tiempo de alejamos de él ni un par de miles de kilómetros. Repentinamente, sin que ninguno de nosotros dos nos lo esperáramos, el Sol pareció entrar en erupción. Su corona ascendió a alturas inverosímiles, sus protuberancias alcanzaron más distancia que nunca. Toda su masa pareció hervir, presa de una violenta erupción. Durante unos segundos destelló increíblemente. Y luego…

Luego, en escasos segundos también, se apagó. Su brillo decreció rápidamente hasta morir. ¡Y nosotros, que hacía tan sólo unos momentos contemplábamos su luz, nos encontramos mirando tan sólo una superficie rugosa, cuarteada, muerta, que parecía más la superficie de un asteroide que la del Astro Rey.

Higgins y yo nos miramos. Después, volvimos a mirar al Sol. Allí, ante nosotros, estaba un astro que había sido apagado. El Sol, como tal, se había extinguido en tan sólo contados segundos. Y con él se habían extinguido también todos sus habitantes.

¡Los «whondaks», los habitantes del Sol, habían dejado de existir!

EPÍLOGO

Y esto es todo.

Los «urkis» ya tenían previsto el plan general a seguir, una vez «apagado» el Sol. Numerosas naves, del estilo de la que nos recogió a Higgins y a mí del «Meteor 24», patrullaron el espacio alrededor del Sol, ametrallando con bombas de frío cualquier «whondak» que hubiera podido escapar con vida. La operación duró sus buenas diez horas, y de ella no se salvó ni una «pelota». Hubiera necesitado ser invisible para poder salvarse de la tupida red de naves tejida en tomo al extinto astro. Y ningún «whondak» lo era...

Higgins y yo regresamos inmediatamente a la nave comandante de la operación, destacada de la base espacial, en la que se encontraba Neyla. Ésta, apenas me vio, se lanzó a felicitarme, a abrazarme... y a besarme. Me dije que ya estaba bien, y que a aquellas alturas me importaba un pito los numerosos ojos que teníamos a nuestro alrededor. Por consiguiente, le devolví su beso, con mucho más entusiasmo del que hubiera sido natural. Y ella no protestó.

La operación de limpieza siguió, hasta el final, a manos de los «urkis». En realidad, era poco lo que quedaba por hacer. Tan sólo eliminar los últimos posibles focos de «whondaks», y nada más. ¡Ah, sí! Todavía faltaba una cosa.

Volver a «encender» el Sol.

De esto se encargaron también los propios «urkis», juzgando tal vez que nosotros ya habíamos hecho lo suficiente por nuestra parte. Con una nave especial, provista de taladro en su parte delantera, se lanzaron contra el planeta. Abrieron un túnel en su corteza hasta el centro mismo de su núcleo, y allí instalaron la bomba de calor en cadena que, al igual que la anterior, pero a la inversa, devolvería sus millones de grados al Sol. Y efectivamente, media hora después de instalada, el Sol volvía a entrar en erupción, realizaba a la inversa el proceso, y se convertía nuevamente en el astro rojo, brillante y de luz enceguecedora que todos los terrestres hemos conocido. El Sol volvía a ser lo mismo que había sido antes durante millones de años: el Sol volvía a ser el Sol.

Entonces, cuando ya todo hubo terminado, Neyla, Higgins y yo

tuvimos una conversación privada: de acuerdo con la última reunión del gran consejo de la base espacial, nosotros, Higgins y yo, éramos libres de escoger nuestro destino; podíamos volver a la Tierra si así lo deseábamos, o quedarnos allí, entre los «urkis». Lo que nosotros decidiéramos se cumpliría.

Yo, por mi parte, no vacilé en dar mi respuesta: me quedaba. Entre otras razones no menos importantes, como la que tenía Neyla por nombre, había una que intervino mucho en mi decisión: la de la «Des». Aquél era el último recuerdo que tenia de la Tierra, y confieso que no me hacía la menor gracia. Todavía me acordaba de que había sido condenado injustamente, de que todas mis peticiones, mi hoja de servicios y mi conducta de siempre no habían servido para nada, de que el tribunal sólo se había fijado en las pruebas, fueran o no verdaderas. Comprendía que la justicia de la Tierra era muy relativa, y aquello no se lo perdonaba. No, no deseaba volver allí.

Higgins, por su parte, dijo que prefería regresar. Todavía tenía una cuenta pendiente allá abajo. Una cuenta en la persona de su rival, del hombre que le había llevado al asesinato. Entre Neyla y yo intentamos disuadirle de sus propósitos, pero él siguió terco en su decisión. Le hice ver lo único que conseguiría si volvía a la Tierra: de nuevo la cárcel, el juicio, el pabellón de los condenados a muerte, la «Des»... En cambio, allí, entre los «urkis», podría encontrar muchas cosas que anhelaba: un puesto, una muchacha que le quisiera... En la misma base espacial había muchas chicas que no tenían físicamente nada que envidiar a Neyla...

Nos costó varias horas lograr convencerlo, gracias en partea mi tesón, y al enorme poder persuasivo de la propia Neyla. Al final, acabó diciendo que quizá teníamos razón, que no valía la pena hacer nada por un «sucio puerco asqueroso», fueron sus mismas palabras, que en otro tiempo le había quitado la novia.

Y así fue todo.

Bien, éste tendría que ser el final. Pero para que un relato termine bien ha de acabar en boda o, al menos, en compromiso matrimonial. Y yo no quiero defraudar a cualquier posible lector. De modo que añadiré que yo también sostuve una conversación, si puede llamársele así, privada y personal con Neyla, en un íntimo *tete-a-tete*. En ella me enteré de todo lo referente a los jueces en el

planeta de procedencia de los «urkis», de su equivalencia, y de la conformidad de la segunda parte que era necesaria para ir a ellos.

Y como la explicación me satisfizo le dije que yo, por mi parte, estaba dispuesto a probar. Neyla se limitó a responder:

—Tonto...

Y no dijo nada más. Pero sus labios fueron, de por sí, lo suficientemente explícitos. De modo que ya supe a que atenerme.

Y aquí se terminó la historia. Si he escrito este relato, enviándolo después a la Tierra por medio de un mensajero «urki», con la misión de entregarlo a Hunter Brondowiitch, no ha sido por el afán de lucirme ni con la intención de ganar ningún Pulitzer. Simplemente, he creído que éste era mi deber. Ahora, cuando ya la amenaza de los «whondaks» ha pasado, cuando ya no hay ningún peligro en que la Tierra sepa su existencia y la de los «urkis», creo que el mundo ha de conocer la verdad. Sé que el planeta ha pasado por unas horas de miedo, terror e incertidumbre, durante el tiempo en el que el Sol estuvo apagado. En sí, ello no me preocupa, y no me arrepiento de haber sido yo, en parte, el causante de ello. Lo considero como una especie de dulce venganza hacia ese planeta que no ha sabido portarse lo bien que esperaba conmigo. Pero no soy un sádico, y me supongo la perplejidad de todo el mundo ante la imposibilidad de explicarse los hechos. Por eso lo he escrito; para que las gentes no se lleven a error sobre las causas que motivaron la extinción momentánea del Sol, y su posterior reaparición como tal. Para que la Tierra sepa el peligro en el que ha estado sumida, y del cual se ha salvado gracias a esta raza generosa, abnegada y desinteresada que son los «urkis». A ellos debe el mundo agradecerles su salvación. A ellos y a nadie más.

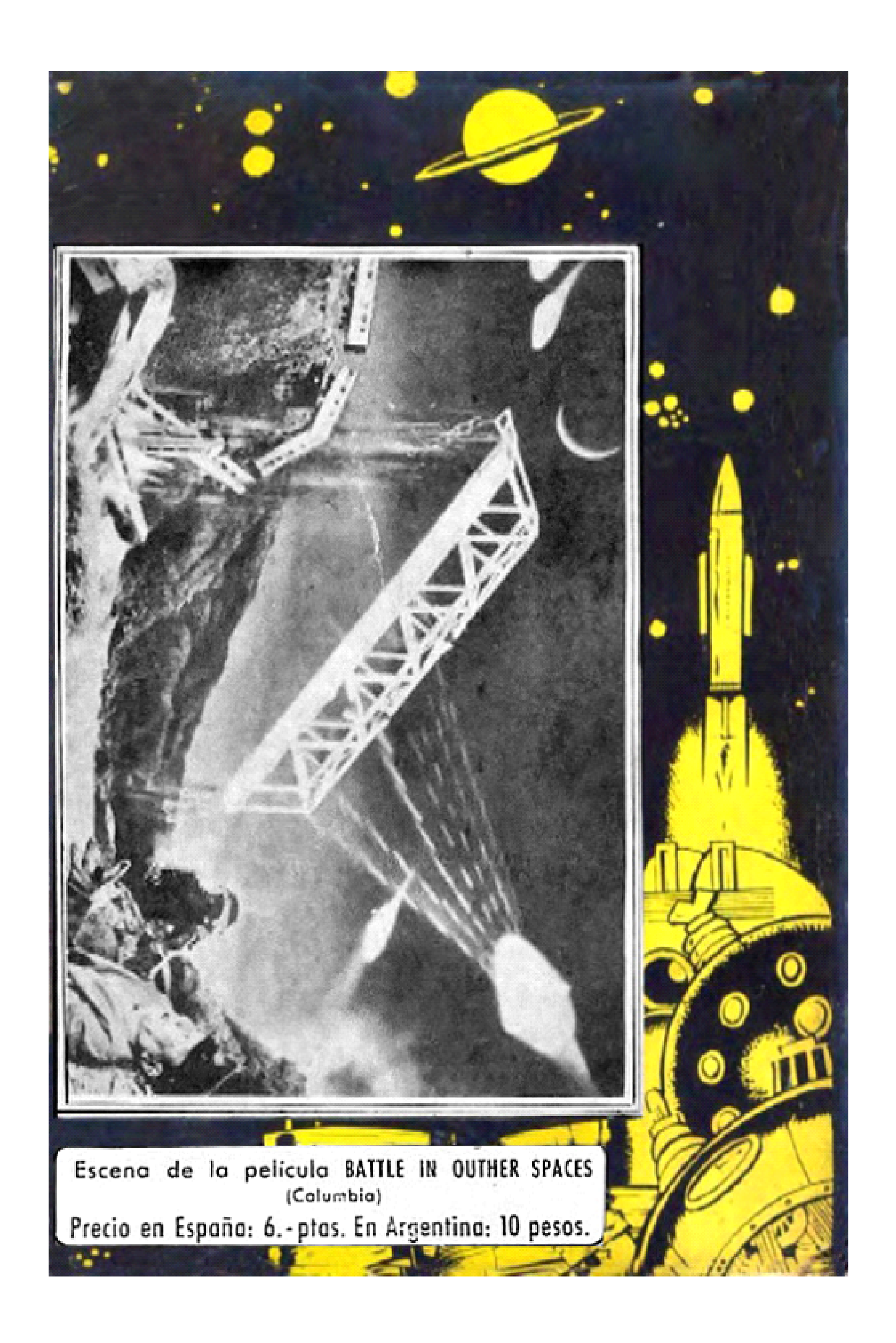
Y esto es todo. Dentro de unos días, cuando todo esté tranquilo en el Sistema Solar, partiremos de nuevo hacia Sirio, hacia el hogar de los «urkis». Allí viviremos Higgins y yo de ahora en adelante. Por mi parte, sé que las costumbres y el grado de civilización de ellos es distinto del mío, pero espero poder acostumbrarme a ello. Con Neyla a mi lado, soy capaz de acostumbrarme a todo.

Y ya nada más me queda por decir. Sólo una cosa. Si alguna vez alguien desea visitamos, si desea entablar relaciones con el pueblo «urki», ya sabe lo que tiene que hacer: que coja una nave espacial, y se encamine hacia Sirio. Sólo está a unos nueve años de luz de la

Tierra, si la memoria no me falla. Allí, en su tercer planeta, podrá encontrar a los «urkis». Y quizá, si no me he muerto de viejo, entre los millones de seres que allí habitan me encuentre a mí. Por si acaso, ya lo saben. Allí estoy, a disposición de quien quiera visitarme.

Buenas noches...





Escena de la pelicula BATTLE IN OUTHER SPACES (Columbia)

(1) Hay que tener en cuenta que la Luna no tiene luz propia, sino que la recibe y refleja del Sol. Por lo tanto, si desapareciera éste, la Luna dejaría de

ser visible para nosotros. *(N. del E.)*

(1) Debido a que Mercurio presenta siempre la misma cara al Sol, este planeta está dividido en dos hemisferios: el de luz, en el que reina constantemente una temperatura superior a los 100° centígrados, y el de sombra, en el que la temperatura es de un frío intensísimo, inferior casi siempre a los 0°. *(N. del E.)*

(1) En lo referente al combustible, no quiero decir con ello que los organizadores del viaje no se preocuparan de nuestra salud. Las causas eran otras. Como es sabido, una nave, a mayor peso, necesita mayor cantidad de combustible para impulsarla. Siendo así, llega un momento en que uno y otro se nivelan, de modo que si se intenta cargar más combustible, al existir más peso, se necesita mayor impulso, y consiguientemente más consumo de éste, por lo que no se consigue nada. Éste era nuestro caso. Peso y combustible estaban nivelados, de modo que no se podía conseguir mayor radio de acción. La culpa no era de nadie.

(1) Como es sabido, los elementos que componen la masa del Sol, debido a la gran temperatura que reina en este astro (millones de grados) están en estado gaseoso. No se sabe con exactitud cuáles son todos estos elementos, ya que el espectroscopio solamente nos revela la identidad de algunos. La posibilidad de existencia de alguno de estos elementos que esté en estado sólido, es decir, que pueda resistir sin peligro tan enormes temperaturas, no puede afirmarse, pero tampoco negarse. Es más, la existencia de este elemento podría explicar la naturaleza de las hasta ahora tan discutidas manchas solares. *(N. del E.)*

(1) Concretamente un millón trescientas una mil doscientas veces mayor que el de la Tierra.

(1) Las coordenadas de luz eran, según los «urkis», dos semicírculos máximos que recorrían un planeta, el uno perpendicular al otro ocupando toda la extensión iluminada del astro. El punto cero de estas coordenadas era, naturalmente, el lugar donde los dos semicírculos se encontraban, y aquél era, por tanto, el punto central donde los rayos de luz del Sol caían perpendicularmente. El haber elegido los «whondaks» aquel punto no era un simple capricho sino que obedecía a algo concreto Mercurio da siempre, al igual que nuestra Luna, la misma cara al Sol. Por lo tanto, aquel punto sería siempre el que más luz y calor recibiría del astro. Y como los «whondaks» precisaban del máximo de calor para vivir… la consecuencia es lógica. Y eso es todo.

(1) Nota de Hunter Brondowiitch: En el prólogo de este relato he dicho que al original recibido por mí no se le había añadido ni quitado ningún párrafo, ninguna palabra. Debo rectificar. Adjunto al original que llegó a mis manos, intercalado en el relato, concretamente en este párrafo y en un apartado, iba un informe técnico detallado de la descripción y características del planeta Mercurio, facilitado por el propio autor, en colaboración con datos y elementos de investigación «urkis». Agradecemos a Rod Flanagan que lo haya

hecho llegar hasta nosotros, ya que el nos ha aclarado muchas dudas que se tenían sobre el mencionado planeta. Con todo, considerando que este informe era solamente de índole e interés científico, que estaba todo él redactado en cifras y silogismos técnicos, y que no restaban ni añadían nada al resto del relato, por lo que hemos juzgado mejor suprimirlo del texto. No obstante, lo hacemos constar en la presente aclaración, a fin de solventar cualquier duda que pudiera quedar en la mente del lector sobre dicho extremo.